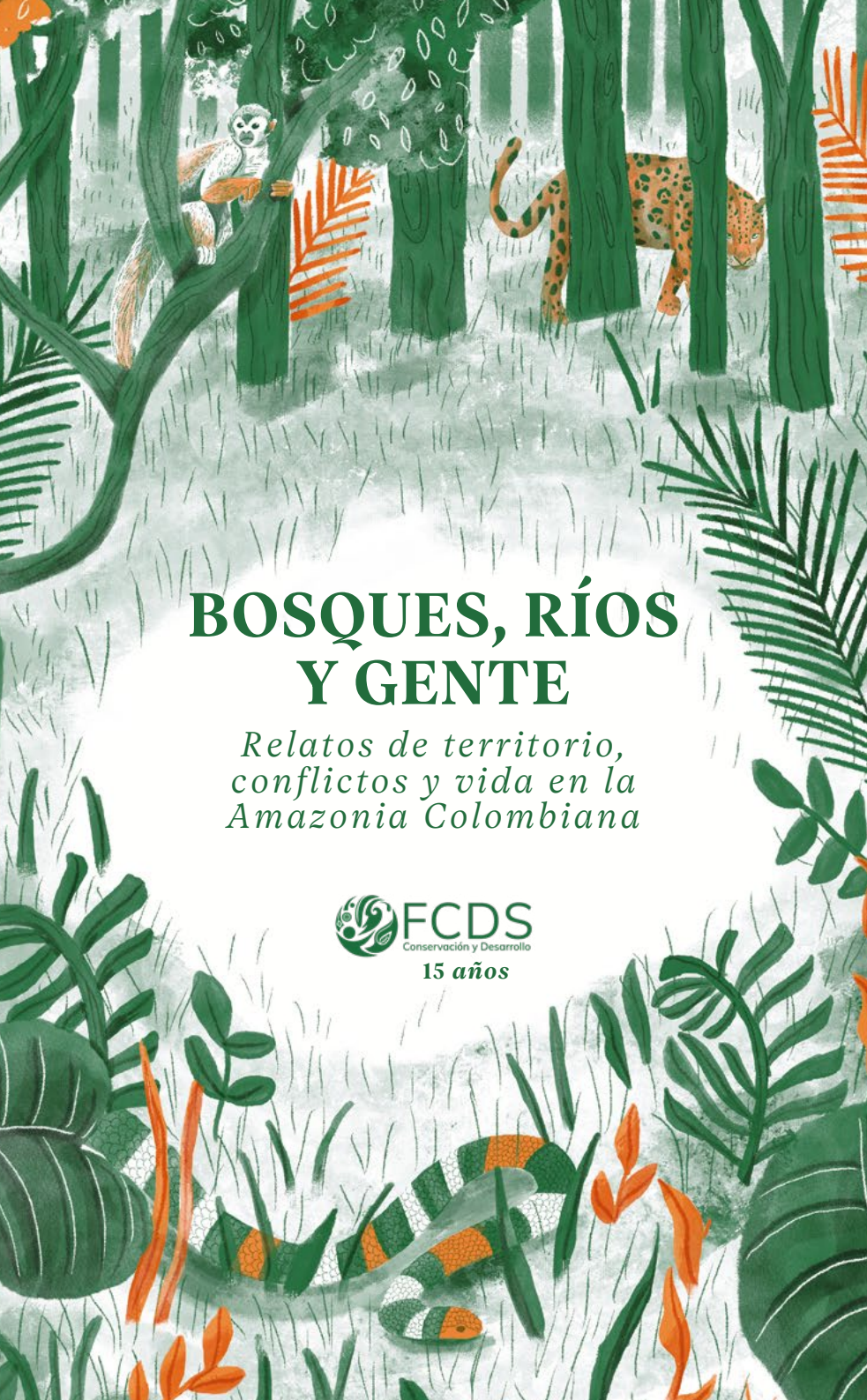


BOSQUES, RÍOS Y GENTE

Relatos de territorio, conflictos y vida en la Amazonia Colombiana

FCDS
Conservación y Desarrollo

15 *años*

Bosques, ríos y gente
Relatos de territorio, conflictos y vida en la Amazonia Colombiana

Rodrigo Botero García
Director FCDS

Erika Benítez Tapia
Subdirectora FCDS

Laura Nathaly Torres Romero
Coordinación editorial

Pablo Correa Torres
Edición

Lizeth Jhoanne Tovar Hincapié
Corrección ortotipográfica y de estilo

Mandarina Ilustra – Andrea Montoya
Diseño gráfico e ilustración

Pataleta Print
Impresión

Primera edición: 2026
Bogotá, Colombia

ISBN: 978-628-97696-1-6

BOSQUES, RÍOS Y GENTE

Relatos de territorio, conflictos y vida en la Amazonia Colombiana

FCDS
Conservación y Desarrollo
15 *años*

Contenido

1.

Prólogo.
p. 6

2.

Introducción.
p. 9

3. Bosques

- Asusta más un gusano de guayaba. p. 15
  Por: Maryi Adriana Serrano Garzón
- La selva en la guerra y la guerra en la selva. p. 27
  Por: Laura Torres Romero
- Rememoraciones o de cómo hacer justicia en la Amazonia colombiana. p. 37
  Por: Miguel Ángel Buitrago Martín
- El viaje del queso de los ojitos: desde Remolinos de Aricuntí a tu mesa. p. 51
  Por: Astiury Ortiz Trujillo y Liliana Duica Amaya
- Sobrevuelos y satélites: otra forma de sentir la Amazonia. p. 59
  Por: Luz Alejandra Gómez Gallego

4. Ríos

- Entre el mercurio y la vida. p. 69
  Por: Yady Cristina González Álvarez
- Voces desde la triple frontera Colombia, Brasil y Perú. p. 79
  Por: Salomón Majbub Avendaño
- El río: frontera de todos, territorio de algunos. p. 89
  Por: Andrea Cristina Buitrago Castro

5. Gente

- Las Sabanas del Yarí: territorio en transformación. p. 99
  Por: Harold Andrés Ospino Burgos
- Jugo de seje. p. 107
  Por: Fredy Yesid Camargo Hidalgo
- De la colonización forzada a la organización social espontánea en la Amazonia. p. 115
  Por: Mauricio Chavarro Pinzón y Silvia María Pabón Tobón
- Agradecimientos. p. 124

1. *Prólogo*

Hay territorios que no se comprenden desde la distancia. La Amazonia es uno de ellos. No se deja leer únicamente en cifras, ni en mapas, ni en reportes técnicos. La Amazonia se entiende desde el asombro que genera ver su grandeza, desde la fuerza que mueve su naturaleza, desde su capacidad de hacer tan evidente la pequeñez y la estupidez humana tan solo con mostrarnos sus heridas. Se comprende desde lo que se siente, no solo desde lo que se entiende.

Este libro nace precisamente de ahí. Cada uno de sus autores —todos parte del equipo y de la historia de FCDS— han construido una relación íntima con la Amazonia. En estas páginas encontrarán relatos cercanos y personales de una serie de personas a quienes el destino u otras fuerzas, hicieron coincidir en una apuesta hermosa pero compleja: la de sanar el bosque.

En estas páginas no hay una sola Amazonia sino muchas: la del asombro, la de incertidumbre, la de frustración, la de aventura, pero sobre todo, la de esperanza. Son relatos, incluido este prólogo, que coinciden en que la Amazonia no nos ha dejado intactos y ya hace parte de nuestra historia.

Durante décadas, la Amazonia colombiana ha sido un territorio de disputas profundas. Aquí se han jugado históricamente la paz y la guerra de este país; ha sido el teatro de operaciones de todas las políticas de seguridad y desarrollo que la burocracia

colombiana ha sabido rebautizar con infinita creatividad pero acompañar con tímidos alcances. Sufre la paradoja de regiones que cuentan con riquezas naturales desbordantes, que desatan, como embrujo la ambición descontrolada de unos cuantos, quienes terminan destruyendo todo a su paso. Han cruzado por ahí los intentos de construir Estado, las economías ilegales y los esfuerzos por generar alternativas, el abandono histórico y la resiliencia de sus comunidades. Es un territorio donde se expresa con tanta claridad lo que somos como sociedad, y también lo que aún podemos llegar a ser en caso de dejar la miopía.

Por la Amazonia han pasado muchos, quienes la han visto como frontera por conquistar, quienes la han explotado sin medida, pero también quienes han llegado con la convicción persistente de que es posible algo distinto. Y seguirán pasando. Mis colegas, cuyas voces componen este libro, son parte de esa historia: personas que, desde distintos lugares, han sostenido el sueño de una Amazonia mejor.

Como nación, debemos darnos la posibilidad de ver este territorio como una oportunidad. Esto requiere que Colombia deje de mirarla únicamente como un territorio lejano, con nombres enigmáticos, ajenos o secundarios. Requiere reconocer que lo que ocurre allí no es marginal ni está signado a ser problemático; al contrario, puede ser nuestra apuesta de futuro en un mundo cada vez más convulso. La Amazonia debería ser un espacio donde se define, en buena medida, el tipo de país que queremos ser. Este libro no busca imponer una narrativa única

sino abrir un espacio para que, quienes han caminado la Amazonia, compartan sus preguntas, aprendizajes y convicciones. Es también, una invitación a aceptar que muchas de las respuestas no están donde hemos insistido en buscarlas. Que no vendrán únicamente desde los centros de poder, sino desde los territorios que durante tanto tiempo hemos preferido no oír.

Los relatos que componen este libro buscan refrendar la idea de que, mientras los bosques de esta región sigan respirando y sus comunidades resistiendo, este país todavía tiene una oportunidad. Aquí hay una invitación a creer que sí es posible hacer de la naturaleza y de la gente de estos territorios un eje fundamental del desarrollo del país.

Este libro no es solo memoria, es también una apuesta. Una apuesta por un bosque en pie, donde el modelo de desarrollo convierta el bienestar de la gente en el fin último; una apuesta por un país que, finalmente, decida no darle la espalda a su Amazonia.

Por nuestra parte, en FCDS, no sabemos hacer otra cosa que insistir.

Después de años en este esfuerzo colectivo por la Amazonia, hay una idea que se repite casi como advertencia: el que se cansa, pierde... Y no, no nos podemos dar el lujo de dejar ir como recuerdo a nuestra Amazonia. Así que cansarse no es una opción.

Erika Benítez Tapia
Subdirectora FCDS

2. *Introducción*

La Amazonia colombiana no cabe en un solo relato, desborda cualquier frontera. Las historias superpuestas, los conflictos que hacen sinergia y la transformación acelerada del territorio ponen a prueba las respuestas del Estado para velar por los intereses públicos y la capacidad de la sociedad para comprender lo que pasa y comprometerse con un cambio.

En este territorio estratégico para Colombia y para el planeta, convergen una riqueza ambiental excepcional, una diversidad cultural invaluable y tensiones sociales, económicas y políticas que han marcado —y siguen marcando— su historia reciente. Comprender lo que pasa exige ir más allá de los datos y los diagnósticos técnicos. También, exige escuchar a quienes en medio de la permanencia de grupos armados ilegales acompañan a familias campesinas en la búsqueda de un mejor futuro compatible con los bosques en pie; a quienes apoyan a grupos indígenas para volver a sus territorios y a la vez buscar caminos de diálogo con la institucionalidad; a quienes sobrevuelan el bosque y monitorean cómo las carreteras, sin orden ni regulación, van abriendo heridas sobre el verde; a quienes navegan los ríos para entender las problemáticas socioambientales de las fronteras y las afectaciones del mercurio en las poblaciones humanas.

Este libro es un esfuerzo por reunir algunas de esas voces. Experiencias y memorias situadas,

algunas de ellas íntimas, que dan forma a tres dimensiones que hacen parte del territorio amazónico y que dan nombre a las secciones de este libro: los bosques como espacios de vida, memoria y disputa; los ríos como ejes de movilidad, frontera y sustento; y la gente como protagonista de procesos de resistencia, cuidado y construcción de futuro.

Las historias aquí contadas, nos dan señales de las profundas transformaciones que afectan a los territorios amazónicos, a sus comunidades y procesos sociales. Transformaciones acentuadas por la débil presencia del Estado, la persistencia del conflicto armado y el auge de economías ilegales. Al mismo tiempo, y tal vez como una manera de negación de que la tendencia sea irreversible, estos relatos también dan pistas sobre las capacidades locales, los saberes tradicionales, las iniciativas comunitarias y los esfuerzos institucionales que buscan proteger la selva, fortalecer la gobernanza territorial y avanzar hacia una paz sostenible.

Este libro es una invitación a reconocer que lo que ocurre en la Amazonia no es un asunto marginal ni distante. Su preservación y futuro están estrechamente ligados al bienestar de las comunidades locales y del país, así como a la estabilidad ambiental global. Escuchar estas voces es un paso necesario para asumir colectivamente la responsabilidad de cuidar uno de los patrimonios más valiosos de los colombianos.

Rodrigo Botero
Director FCDS


3.
Bosques









Asusta más un gusano de guayaba

Por: Maryi Adriana Serrano Garzón
Coordinadora de Seguimiento y Análisis Territoriales FCDS

Una de las pocas cosas que hacíamos para divertirnos en el pueblo de Cundinamarca, donde pasé la primera década de mi vida, era acompañar a mis papás a pescar los sábados y domingos. Ocasionalmente algunas tardes de la semana salíamos de casa emocionados a recorrer los cuatro o cinco kilómetros hasta los "pozos" del río Guavio que permitían la pesca de trucha arcoíris.

Mientras mi papá se dedicaba pacientemente a poner la carnada y a esperar a que las truchas "cayeran", mi hermano y yo trepábamos a los árboles de guayaba para recoger toda la fruta posible, ansiando que mi mamá nos preparara jalea. Huesos rotos,

rasguños, comer sin ser completamente conscientes de los gusanos de la fruta. Aún sigo usando esa frase que me encanta: "*asusta más un gusano de guayaba*", era apenas parte de la emoción de esos días y lo que hizo que se generara en nosotros una enorme conexión con la naturaleza.

El camino de vuelta a casa lo recorríamos mojados, sucios, caminando despacio por el peso de las truchas y las guayabas recién recogidas y, adicionalmente, disfrutando el olor de los enormes eucaliptos que estaban a lado y lado del camino. Eran días muy felices, plenos de familia, naturaleza y buena comida.

Por diferentes circunstancias de la vida, cuando me gradué de bachiller, tomé la decisión de estudiar ingeniería forestal. Cuál sería mi sorpresa cuando en una de las primeras clases de la universidad descubrí, con un poco de horror, que ni los eucaliptos ni las truchas eran especies nativas de Colombia. Fueron introducidas hacia 1870 y 1920 respectivamente, como consecuencia de las decisiones del gobierno colombiano de fomentar la pesca deportiva y la reforestación, sin pensar mucho el impacto en los ecosistemas y la biodiversidad.

Esa revelación cambió para siempre la forma en que veía aquellos paisajes de mi infancia, aunque nunca logró borrar su belleza ni su significado. Asi mismo, generó en mí el deseo de contribuir a proteger el patrimonio natural de nuestro país. Comprendí entonces que mi historia con las truchas y los eucaliptos no era solo una anécdota, sino el síntoma de un problema más profundo: la manera en

que diferentes fuerzas económicas, políticas, ambientales y culturales transforman un territorio. En la Amazonia esas "fuerzas" son la ganadería, la agricultura, la extracción de oro, la construcción de carreteras o el desarrollo de cultivos de coca, por mencionar algunas.

La primera vez que pisé el territorio amazónico fue hace 26 años. Estaba recién graduada de la universidad y me contrataron para trabajar en un proyecto de una organización no gubernamental en Mitú, departamento del Vaupés. A mis 22 años, el solo hecho de tener que viajar más de tres horas en una avioneta Douglas DC-3, con sillas parecidas a las de los buses intermunicipales en los que me desplazaba todos los días desde mi casa en la sabana de Bogotá hasta la Universidad Distrital, con bultos de mercado o "encomiendas" entre los pasajeros y unas gallinas de ojos saltones, igual de asustadas que algunos de los viajeros, me hacía pensar todo el tiempo en mis papás:

— Mijita, ¿de verdad quiere irse a trabajar por allá tan lejos, en un lugar incomunicado y lleno de guerrilla?

— Mami, papi, pero si yo estudié Forestal, ¿en dónde más puedo trabajar?

Pero más allá del dónde era el por qué. Pese a mi juventud y al miedo, mis ojos no dejaban de ver por la ventanilla la inmensidad de los bosques. Bosques surcados únicamente por ríos, unos de aguas claras, otros de aguas negras o coloradas, que parecían llevar consigo los espíritus de los pueblos que desde

hace siglos habitan estas tierras. Meandros abandonados que yo solo conocía en fotografías aéreas en la universidad, palmas que sobresalían elegantes sobre la vegetación mostrando su poderío, claros naturales donde se veían los inicios del proceso de sucesión vegetal que había estudiado en ecología. Bosques majestuosos, vastos y aparentemente infinitos. También imaginaba la fauna presente, los felinos, las dantas, los primates y, por otra parte, los ruidos del bosque que para mí son ahora la mejor música, la que más me recarga y me llena el alma.

Esa era la imagen que tenía entonces de la Amazonia: un territorio hermoso y lejano. Tan lejano que, en ese entonces, si uno quería usar un celular en la región, debía esperar a que le activaran un plan especial para los llamados "territorios nacionales". Creía en ese momento que la Amazonia estaba "a salvo" gracias a la existencia de parques nacionales, territorios indígenas y la Reserva Forestal de Ley Segunda de la Amazonia, declarada en 1959 para salvaguardar terrenos con vocación forestal.

Por eso, me dediqué a trabajar con un par de organizaciones no gubernamentales en la declaratoria de áreas naturales protegidas en otras regiones del país, especialmente en La Guajira, el Cesar y los páramos de Boyacá, Cundinamarca y Caldas.

Diez años después, cuando regresé nuevamente a la Amazonia, como supervisora de un par de proyectos en el piedemonte andino amazónico del Caquetá, me di cuenta de cuán equivocada estaba y cuánto había cambiado la Amazonia que yo tenía en mis

recuerdos. Mi trabajo me permitió ver de primera mano zonas antes cubiertas de bosque en San Vicente del Caguán, Cartagena del Chairá y Solano, transformadas en pastizales para ganadería y cultivos de coca.

Sin embargo, la transformación de esta zona no era un tema nuevo. La colonización en esta parte de la Amazonia inició al despuntar el siglo XX, con la construcción de la trocha Florencia —Guadalupe, hecha para transportar el caucho que se explotaba en el noroccidente del Caquetá y se llevaba al departamento del Huila. En 1930, inició la explotación petrolera de Shell y Roosevelt y, cerca de 1940, la de la Texas Petroleum Company, lo que llevó a la apertura de varias trochas entre Caquetá y Meta. La empresa Rubber Company, inició actividades en 1950, trayendo consigo la apertura de la vía San José del Guaviare — Calamar, en medio del auge del desflore del cedro, donde, además de buscarse la explotación de esta preciada madera, empezó un proceso de conformación de fincas y de fundación de caseríos.

Hacia 1961, a través del Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (Incora), el gobierno de Colombia propició la colonización dirigida de una parte de la Amazonia. Familias campesinas del altiplano cundiboyacense, Huila y Tolima, ocuparon tierras baldías, ampliaron la frontera agrícola y ayudaron a consolidar la presencia territorial del Estado. Para ello, se crearon proyectos de colonización en los departamentos de Caquetá, Putumayo, Guaviare y Meta, así como en algunos lugares de la Orinoquía,

y se ofrecieron incentivos para la producción agropecuaria, lo que se acompañó de la expansión de infraestructura básica y la apertura de nuevos centros poblados, modificando significativamente el patrón de ocupación humana en la Amazonia colombiana.

Así mismo, se fueron consolidando varios procesos que marcaron el rumbo socioeconómico de la región. La economía del caucho, preponderante en la primera parte del siglo XX, fue reemplazada por el comercio de pieles de animales y luego por la siembra de coca, actividad directamente relacionada con la ocurrencia de procesos migratorios y con la deforestación de grandes extensiones de selva para incrementar las áreas de cultivo. El rol de la guerrilla de las FARC en este proceso fue preponderante, desde su establecimiento formal entre finales de abril y principios de mayo de 1966, hasta la firma del Acuerdo de Paz en el 2016, incluyendo el establecimiento de lo que se denominó en su momento zona de distensión, en el marco del proceso de diálogo con esta guerrilla entre los años 1998 y 2002, lo que también ocasionó la ampliación de la red de carreteras y dio paso a diversos procesos de transformación que hoy persisten en una porción significativa de la Amazonia.

Este breve e incompleto recorrido sobre la historia de las transformaciones en la Amazonia resulta significativo para entender tanto la génesis como las tendencias de los conflictos socioambientales y los motores de deforestación que allí ocurren, lo que es parte de mis responsabilidades actuales en la Fundación para la Conservación y el Desarrollo

Sostenible (FCDS), ONG en la que trabajo desde hace casi 10 años. Con un equipo de profesionales comprometidos, entusiastas y con gran experiencia, tenemos el enorme propósito de entender los riesgos sobre el bosque y las estrategias para mitigarlos. Todos compartimos el mismo sueño: que la Amazonia no continúe siendo degradada y que por el contrario, sus bosques, su biodiversidad y los servicios que presta se mantengan.

Y es que en efecto, el patrimonio natural del país donde la Amazonia representa un bien insustituible, está en la cuerda floja. En los últimos siete años (abril de 2018 a marzo de 2025), la malla vial ilegal se incrementó en 8.018 kilómetros. Esto significa que cuatro kilómetros de nuevas vías son construidos diariamente en la Amazonia. Vías sin planificar, sin cumplimiento de requisitos técnicos ni ambientales y que permiten el acceso a tierras recientemente deforestadas, donde no necesariamente hay pobladores que puedan beneficiarse de su existencia.

Tampoco es de menor dimensión que en los últimos ocho años, el hato ganadero en la Amazonia ha crecido en casi 1.5 millones de cabezas de ganado; esto representa un incremento del 86,1% frente al 25,5% de aumento del hato bovino a nivel nacional para este mismo periodo. Ciertos lugares de la Amazonia se están llenando de vacas que pastorean libre y tranquilamente, sin que a sus dueños les preocupe que las tierras que pisan son parques nacionales, territorios de pueblos originarios, o bosques públicos que nos pertenecen

a todos. El negocio crece para algunos, en perjuicio del patrimonio de todos.

Así mismo, los cultivos de uso ilícito ocupaban en el 2023 (último año monitoreado por UNODC – SIMCI) un total de 64.532 hectáreas, con mayor superficie en el Putumayo (50.342 hectáreas). Un total de 4.805 hectáreas de coca se encuentran al interior de las áreas protegidas amazónicas, con un crecimiento sostenido en la superficie cultivada durante los últimos tres años. Coca y ganadería se entremezclan, para evitar depender de una sola economía (FCDS, 2025).

Y toda esta situación entretejida con la participación de diversos actores, y con la mediación de intereses variados, ha llevado a que tristemente la pérdida acumulada de bosques en la Amazonia siga en aumento. En los últimos 11 años, se han deforestado 1.1 millones de hectáreas (lo que equivale aproximadamente a la extensión de toda Jamaica), con cifras tan dramáticas como lo que pasa en el Distrito de Manejo Integrado Ariari Guayabero o en el Parque Nacional Natural Tinigua, que han perdido el 42,6% y el 40,7%, respectivamente, de los bosques con que contaban en el año 1990 (212.780 hectáreas deforestadas).

Los parques nacionales de Colombia, creados bajo la lógica de proteger muestras representativas de los ecosistemas y de su biodiversidad, desaparecen delante de nuestras narices, sin que como país se estén haciendo los esfuerzos necesarios para revertir esta situación y proteger, insisto, lo que es de todos.

Aunque no he vuelto a viajar en aviones DC-3, con la FCDS he tenido el enorme privilegio de realizar algunos sobrevuelos para identificar la situación de los bosques en la Amazonia y entender los factores que los transforman. Como me pasaba cuando tenía 22 años, me sigo asombrando por los ríos que se mueven entre el bosque como serpientes, y por la enorme extensión de ecosistemas naturales que aún es posible vislumbrar, por ejemplo, al sobrevolar Chiribiquete. Pero hoy no solo eso me asombra; mis emociones han cambiado profundamente. Además de sobrecogimiento por la vasta selva, también me sobrecoge el daño que le estamos haciendo.

Sufro cuando me doy cuenta de que, cada vez que he podido subirme a esa avioneta, hay más cultivos de coca y más carreteras abiertas, cuando he podido oler el humo de los bosques recién quemados, las cenizas que llevan consigo animales y plantas que seguramente ni siquiera sabemos que existen, restos de culturas milenarias que llevamos en nuestros genes que también hacen parte de nuestra alma. Lloro cuando me doy cuenta de que porciones significativas de áreas protegidas hoy parecen fincas ganaderas, con corrales perfectamente construidos, con vías de acceso que parecen autopistas, con bebederos, y con construcciones cada tanto.

Cuando voy a un sobrevuelo, también pienso en mis hijos. Pienso que, como sociedad, les estamos negando la posibilidad de ver lo que yo he tenido oportunidad de ver, de disfrutar de los bosques, de

maravillarse con los ríos, de escuchar la música de la naturaleza, de experimentar el bienestar que se siente cuando tus pupilas se llenan completamente de azul y verde, de la esencia mística que emerge de la Amazonia. También pienso en lo que esto significa para el planeta entero, cuyo equilibrio climático está en peligro al encontrarnos cerca al denominado punto de no retorno ambiental, y lo que esto puede significar para la permanencia de nuestra especie o para la vida como la conocemos actualmente.

En esos momentos también recuerdo mi infancia y sonrío: el reto es enorme, sí... pero quiero pensar que asusta más un gusano de guayaba.





La selva en la guerra y la guerra en la selva

Por: Laura Torres Romero
Periodista y comunicadora FCDS

Estábamos a orillas del río preparando un sancocho caqueteño cuando la vi. Mientras nosotras, las foráneas, dábamos vueltas torpes entre la olla y los ingredientes, ella organizaba el fuego y calculaba las proporciones. Abrió el hueco en la tierra con las manos; lo cavó hasta darle la medida exacta de la olla, acomodó los troncos que había partido con la peinilla —el machete, como le dicen en otras partes— y prendió el fogón en menos tiempo del que yo tardo en encontrar un encendedor.

Yo había llegado al Caquetá a facilitar unos talleres y ella era una de las participantes, una excombatiente de las FARC. Aunque no hablamos de la guerra ni hablamos de política, sino de cuánta sal lleva el caldo y de cómo se corta la yuca, mientras la veía

moverse entre el fuego y el río, pensé en su relación con esos paisajes, con esos bosques amazónicos.

***

Meses antes, la Fundación para la Conservación y el Desarrollo Sostenible, me había propuesto escribir un texto sobre la relación entre el conflicto armado y la naturaleza en la Amazonia. Soy maestra de biología, tenía la imagen científica de los bosques húmedos tropicales. Sabía del dosel arbóreo, de la biomasa y de las redes tróficas. Sin embargo, lo que me pedían era otra cosa, era entender cómo el conflicto armado habitó esos bosques.

Empecé por donde siempre empiezo, leyendo. Me hundí en los escritos de Óscar Hernando Arcila, autor del libro *La Amazonia colombiana urbanizada: un análisis de sus asentamientos humanos* y Camilo Domínguez, autor del libro *Amazonia colombiana. Economía y poblamiento*. Aprendí que los primeros conflictos por el territorio amazónico fueron guerras interétnicas entre diferentes familias lingüísticas indígenas, que la economía extractiva destruye sin construir, que el caucho, en palabras de Domínguez, se materializó como capital en todo el planeta menos en la Amazonia misma. Aprendí sobre las bonanzas de la quina, del cedro, del oro, y sobre cómo la llegada de los colonizadores europeos alteró profundamente las interacciones entre los bosques y los humanos.

Pero todo eso era contexto. Aún no tenía clara la relación específica que las FARC establecieron con los

bosques amazónicos y las publicaciones académicas se estaban quedando cortas.

Entonces encontré *Naturaleza Común*, una compilación de relatos de no ficción escritos por excombatientes sobre su experiencia con la naturaleza durante la guerra y empecé a comprender la relación de las FARC con la Amazonia: instrumento, refugio, trinchera, aliada y víctima. Todo al mismo tiempo.

***

Lidia Alape abrió su relato con una frase que no he podido sacar de mi cabeza desde que la leí: "*es una tristeza decirlo, pero cada recurso de la naturaleza, de una u otra manera, es también un recurso para la guerra*".

Gregory Morales, contó que, cuando llegabas a la guerrilla descubrías por qué en Colombia la naturaleza y las guerrillas están tan ligadas. Lo primero que te quedaba claro era que la naturaleza te proveía de casi todo: agua, las hojas para la caleta, la madera para las instalaciones, el refugio. Aprendías que la selva era tu casa. Sabías que preservarla era preservar tu vida. Describía cómo, tras vincularse a la guerrilla, tuvo que volver a aprender a caminar, a escuchar, a ver, a oler y a ser uno solo con la naturaleza.

Isabela Sanroque, escribió sobre la selva como hogar, refugio y teatro de operaciones. Todo junto. José William Parra, contó que en el río Guayabero regulaban actividades para que no acabaran con la naturaleza y los recursos para su subsistencia.

Prohibían métodos de pesca destructivos. Controlaban la cacería. Si no se les decía que se calmaran, extinguían una especie en poco tiempo. Parra también contó del auge de la madera en los noventa. Los colonos tumbaban cedro y flor morado sin parar. Las FARC intervinieron: por cada árbol tumbado, había que sembrar cien. El castigo para quienes no cumplían era ponerlos a trabajar en las carreteras.

Terminé de leer los relatos. Había reglas. Las FARC imponían reglas ambientales estrictas. Me quedé pensando en si eso significaba que eran ambientalistas. La pregunta me sonaba absurda pero no podía soltarla. Necesitaba hablar con alguien que hubiera estado en campo. Busqué a Leo.

***

Leo es ecólogo e investigador ambiental. Hizo su tesis sobre conflicto armado y naturaleza. Pasó semanas en Caquetá entrevistando a excombatientes. Quedamos de vernos en una pizzería en Bogotá. Llegó, pidió pizza y yo una cerveza. Mientras esperábamos le conté lo que había leído y la pregunta que no podía soltar. Él escuchó masticando, pensando.

—Yo también me topé con eso —me dijo—. Cuando empecé a entrevistar gente en 2017, 2018, ellos hablaban de que cuidaban la naturaleza, de que tenían reglas. Y después, en las zonas veredales, el discurso se volvió más elaborado. Empezaron a hablar de conservación, de derechos de la naturaleza.

Le pregunté si creía en ese discurso. Leo negó con la cabeza.

—No es que mintieran —dijo—. Pero ese discurso tan elaborado apareció después. Era parte del proceso de reincorporación. Los temas de género y ambiente estaban en el centro de la agenda. Ellos se alinearon. Pero cuando hablabas con los de base, no tenían ese discurso armado. Conocían las reglas, sí. Pero no había reflexión profunda sobre conservación. Eso vino después.

—¿Entonces las reglas ambientales eran impostadas?

—No. Las reglas existían. Pero no eran por amor a la naturaleza. Eran estrategia militar.

Me contó que, en La Montañita, en San José del Fragua, había escuchado sobre los manuales de convivencia. Si talabas sin permiso: advertencia. Si reincidías: sembrar el doble. Tercera vez: sembrar cuatro veces más. Cuarta: te ibas. Las sanciones se cumplían porque había monitoreo constante. La gente cooperaba porque no tenía opción.

—Pero ¿por qué cuidaban el bosque? —pregunté.

—Porque el bosque los hacía invisibles. Si tumbas todo, el Ejército te ve desde el aire. Si contaminas el río, pierdes agua. Si cazas todo, pierdes comida. Es simple, el bosque era su trinchera.

Leo terminó su pizza, yo seguía con la cerveza. Entonces le solté las preguntas que me habían estado carcomiendo: ¿y la deforestación? ¿y la coca? ¿y las casi trescientas mil hectáreas tumbadas entre 2001 y 2014?

—Ahí está la paradoja. La naturaleza fue víctima y subsidiaria al mismo tiempo.

***

Salí de esa pizzería y volví a los relatos. Volví a Lidia Alape. Ella contó que la naturaleza siempre está en medio de la guerra. Si no es el río el que te da una mano, es un árbol, un animal. Contó que en el Tolima vio cómo el río Saldaña ayudó a escapar a los paramilitares. Se metieron en ataúdes, uno en la orilla los empujó, y los ataúdes se fueron río abajo. El agua no tiene bando. El bosque no tiene bando. Solo sufren las consecuencias.

Pensando en esas consecuencias busqué información sobre la deforestación. Leí a Rodrigo Botero. Entendí que el modelo de colonización impulsado por las FARC proyectó vías, asentamientos y expansión agropecuaria selva adentro. Que la coca y la ganadería empujaron la tala a gran escala, incluso dentro de parques nacionales como La Macarena, Tinigua y Picachos.

Botero explicaba cómo para esa generación, marcada por la colonización y los actores armados, el bosque era algo que se conquistaba trabajándolo. La consigna *"la tierra para quien la trabaja"*, se convirtió en tumbar monte, tumbar bosque y así, la deforestación y el conflicto armado se entrelazaron de manera indisoluble. La paradoja empezaba a tener forma en mi cabeza. Las FARC protegían bosques donde necesitaban invisibilidad y recursos.

Destruían bosques donde necesitaban expandir territorio o financiar la guerra.

Cuando leí el informe de la Comisión de la Verdad me topé con una táctica militar explícita. Un excombatiente contó que Marulanda les dijo en el 95 que la Serranía de La Macarena era territorio estratégico para repliegue. Por eso había que preservar las montañas, los recursos naturales. La naturaleza les importaba en la medida en que los ocultaba y sostenía, porque era una pieza clave de su táctica militar.

Mientras escribía el texto recordé que, cuando era niña veía en las noticias las fumigaciones con glifosato. Avionetas sobrevolando la selva, la nube blanca cayendo sobre un verde que entonces no sabía nombrar. Mientras las FARC jugaban ese doble juego con los bosques, protegiéndolos en unos lugares y destruyéndolos en otros, el Estado respondía desde el aire.

Entre 1994 y 2014 se asperjaron cerca de dos millones de hectáreas con glifosato. La fumigación solo desplazó los cultivos porque se tumbaban nuevas áreas de bosque más adentro y el ciclo seguía. En 2006, la Operación Colombia Verde incluyó fumigaciones en parques nacionales. Juan Manuel Santos, entonces ministro de Defensa, justificó la estrategia diciendo que los daños colaterales que las FARC habían dejado eran más grandes que la propia fumigación. Los bosques quedaron atrapados entre dos guerras: la de la guerrilla y la guerra contra la guerrilla.

***

Terminé de escribir el texto. Lo envié. No volví a pensar en ello hasta el año siguiente que me invitaron a Caquetá. Y ahí estaba yo, a orillas del río saboreando el sancocho.

Mientras comíamos, pensé en la compleja y contradictoria relación que las FARC tuvieron con los bosques amazónicos. Esta mujer que había hecho realidad con sus manos el sancocho que compartíamos se había convertido en la cara de los relatos que había leído. Me pregunté si los bosques amazónicos algún día tendrían lo que ella ya había logrado, una vida del otro lado de la guerra.



Rememoraciones o de cómo hacer justicia en la Amazonia colombiana

Por: Miguel Ángel Buitrago Martín
Líder de derechos territoriales en la Coordinación de Transformaciones Territoriales FCDS

Hablar de justicia implica auscultar la memoria. Lo comprendí con nitidez una mañana en la vereda Charras, en el departamento del Guaviare. Estaba allí en una salida de campo, ayudando a desatar los nudos jurídicos de familias que aspiraban a mejores condiciones de vida en predios ubicados dentro de áreas de reserva forestal. La preocupación compartida por todos es que en estos territorios concebidos para fomentar la economía forestal no es posible garantizar seguridad jurídica sobre la tenencia de la

tierra. Todo esto en medio de la fragilidad que impone convivir con una violencia armada persistente. Dentro de la caseta comunal donde nos reunimos, bajo un techo de zinc que aumentaba el calor y la humedad, los campesinos se aglomeraban con la esperanza de un futuro más estable. Afuera, sin embargo, unos ojos tímidos nos escrutaban. Allí estaban los Nükak. No entraban al salón. Permanecían detrás de las rejas, observando.

A pesar de que colonos e indígenas comparten un mismo territorio y respiran el mismo aire penetrante de la selva en transición, habitan dimensiones históricas muy distintas que a menudo ignoramos. Una de las historias está marcada por procesos de uso y transformación de los bosques. La otra está marcada por el nomadismo a lo largo y ancho de esos bosques. Lo que sí comparten ambos grupos es que sobreviven entre la exclusión y la violencia. Al verlos separados por aquella reja, entendí que la justicia en la Amazonia no puede ser un ejercicio de escritorio; debe ser un esfuerzo por derribar los límites simbólicos y físicos que han convertido a dos vecinos, a dos víctimas, en extraños dentro de su propia casa.

De la "tierra de nadie" a la casa común

Entender esa escena atravesada por una reja en Charras exige comprender la historia reciente del contacto y la colonización. La Amazonia colombiana, especialmente este noroccidente entre el Guaviare y el Caquetá, fue etiquetada por el Estado bajo

la consigna de *«tierra sin hombres para hombres sin tierra»* (Comisión de la Verdad, 2022a).

A principios de los años sesenta, al tiempo que el Estado reconocía la existencia de zonas de reserva forestal nacionales (Ley 2 de 1959, vigente hasta hoy) y regulaba el manejo, aprovechamiento y uso de los elementos de la naturaleza, miles de familias campesinas llegaron a Caquetá y Guaviare bajo sus promesas. Allí encontraron que esa tierra no estaba "sin hombres", como creyó la institucionalidad, pues se enfrentaron a la milenaria presencia de pueblos indígenas como los Nükak, y a la imponente presencia del güio, el jaguar y otras maravillosas especies.

Desde entonces, tampoco hubo el apoyo necesario para consolidar grandes enclaves de economía forestal comunitaria —como señala la Ley 2 de 1959— sino que se produjeron transformaciones de los bosques y los suelos para afianzar economías campesinas andinas o llaneras, así como economías cocaleras, dada la presencia de grupos armados ilegales que también llegaron a la región. Todo este proceso coincidió con las áreas de vida de familias Nükak, cuyo vínculo con los "palos" y las "pepas" ya marcaba la consolidación de su cultura.

La expansión de la frontera agrícola, el control territorial por parte de grupos armados y la llegada de la economía de la coca en los años ochenta transformaron las relaciones. Como señala la Comisión de la Verdad, la Amazonia se convirtió en un escenario de guerra en el que la población civil quedó

atrapada. Para los Nükak, esto significó el confinamiento y el desplazamiento forzado hacia cascos urbanos como San José del Guaviare, donde la escasez de recursos tradicionales los obligó a depender de la asistencia estatal o de la caridad, lo que generó profundos desajustes emocionales y culturales (Mahecha y Franky, 2011). Para el campesinado, significó la estigmatización al ser tildados de auxiliares de la guerrilla o de ecocidas, cuando en realidad eran el eslabón más débil de una cadena de narcotráfico y de una marcada ausencia del Estado (Dejusticia, 2022).

La selva tras las rejas: economías de guerra y despojo

Aquel día, mientras el calor nos cocinaba en aquella caseta de Charras y los Nükak nos miraban desde el otro lado de la reja, escuchaba los reclamos de los campesinos para acceder a tierras y proyectos productivos. No podía dejar de pensar en los datos técnicos que manejamos en la Fundación para la Conservación y el Desarrollo Sostenible (FCDS). El territorio que esa tarde compartían indígenas y campesinos está siendo devorado.

El conflicto armado ha mutado y, con él, las dinámicas de destrucción ambiental. Tras la firma del Acuerdo de Paz en 2016, lo que debió ser una oportunidad para la conservación se convirtió en una fiebre de acaparamiento de tierras. En el área de influencia del resguardo indígena Nükak, la deforestación se disparó en la última década.

Entre 2010 y 2020 se perdieron 37.168 hectáreas de bosque, una cifra que coincide con el ingreso de nuevos actores armados y capitales que buscan lavar activos a través de la ganadería y la especulación inmobiliaria (FCDS, 2025).

Aquí es donde la memoria del territorio nos grita. Los campesinos en la caseta recordaban cómo las FARC imponían manuales de convivencia que regulaban la tala. Hoy, tras una débil implementación del Acuerdo de Paz, se ha propiciado la presencia de nuevos grupos armados para los cuales el bosque estorba en su estructura económica. La ganadería se ha convertido en el principal motor de esta transformación, pero también lo han sido la coca y la minería ilegal.

En la zona de influencia del resguardo, el hato ganadero creció de manera exponencial y las áreas de pasto reemplazaron a la selva y a los cultivos de coca (FCDS, 2025). La huella de este expolio se sustenta en la certeza de impunidad y en la disponibilidad de tierras públicas, mientras los grupos armados capitalizan la demanda social de vías, lo que exacerba la vulnerabilidad de los derechos territoriales de las comunidades campesinas e indígenas (Botero, 2024).

Este fenómeno ha dado lugar a figuras siniestras como los papayeros. Se trata de inversores externos que aprovechando la necesidad del campesino y la indefensión del indígena, compran posesiones informales dentro del resguardo o en zonas de reserva forestal para tumbar monte a gran escala. Estos actores, a menudo vinculados a grupos armados o

a economías ilegales, no buscan convivir, sino extraer. Y en ese proceso, tanto el campesino que vende por necesidad como el Nükak que ve su territorio de caza convertido en potrero, se ven obligados a ceder la gobernanza de su propio hogar.

La justicia ambiental y los sujetos de derechos de la Amazonia

Frente a este panorama desolador el derecho ha intentado responder con nuevas categorías. Como abogado, he sido testigo del "giro copernicano" que ha dado nuestra jurisprudencia al reconocer a la naturaleza no como un objeto de apropiación, sino como un sujeto de derechos. La Sentencia STC 4360-2018 de la Corte Suprema de Justicia, que declaró a la Amazonia sujeto de derechos, fue un hito. Nos obligó a pensar que la selva tiene sus propios reclamos: aspira a conservarse, regenerarse y restaurarse.

Pero ¿Cómo se traduce esto en la realidad de Charras? ¿cómo le explicamos a la madre Nükak que nos miraba desde la reja que la selva es un sujeto de derechos cuando ella misma ha presenciado su desplazamiento? La justicia ambiental en Colombia no puede ser una abstracción ecológica sino una justicia biocultural.

El reconocimiento del territorio como víctima del conflicto armado, consagrado en el Decreto Ley 4633 de 2011, es quizá la herramienta más potente que tenemos para conectar el dolor de la gente con el dolor de la tierra. Este decreto entiende que, para los pueblos indígenas, el territorio es una

«integridad viviente». Cuando se bombardea un cerro, cuando se fumiga con glifosato una chagra o cuando se tala un bosque sagrado, no solo se daña el medio ambiente, también se daña la espiritualidad y la salud colectiva del pueblo (Auto 004 de 2009, Corte Constitucional).

Las aspersiones con glifosato, por ejemplo, son un capítulo deplorable en esta memoria compartida. Tanto campesinos como indígenas me han relatado cómo el veneno que caía del cielo no distinguía entre la coca, el pancoger y la selva. La Comisión de la Verdad documentó que estas fumigaciones afectaron la soberanía alimentaria y la salud de comunidades enteras, exacerbando el conflicto y profundizando la desconfianza hacia el Estado (CEV, 2022a).

Sin embargo, la justicia también ha avanzado en el reconocimiento del campesinado. El Acto Legislativo 01 de 2023, reconoció al campesinado como sujeto de especial protección constitucional con dimensión ambiental. Esto es fundamental para romper el falso dilema que opone los derechos de los campesinos a los de los indígenas o a la conservación ambiental. El campesino amazónico no es un enemigo de la selva por naturaleza; ha sido empujado a prácticas insostenibles por un modelo agrario excluyente y lento en consolidar enclaves económicos relacionados con el aprovechamiento de los bosques. Reconocer sus derechos territoriales y ofrecer alternativas a la economía de la coca y la ganadería extensiva es parte de la solución para hacer justicia a la Amazonia.

Volviendo a la escena en Charras, mi reflexión es que la justicia biocultural y ambiental debe servir para abrir esa reja. No podemos seguir legislando o sentenciando para mundos separados. La realidad es que los Nükak y campesinos están condenados —o bendecidos— a convivir. Existen experiencias valiosas en las que el campesinado ha apoyado a los Nükak en momentos de crisis, compartiendo alimentos, herramientas y conocimientos. Estas relaciones, aunque asimétricas y a veces paternalistas, demuestran que hay un vínculo humano que trasciende el conflicto. La justicia debe potenciar esos vínculos.

Un ejemplo de esperanza es el acuerdo *Vivir Juntos* (Tui Chañ As), firmado entre las autoridades del pueblo Nükak —representadas por Mauro Muno— y las Juntas de Acción Comunal de Charras y El Capricho. Este acuerdo es un intento real, nacido del territorio, por regular la convivencia, frenar la deforestación y respetarse mutuamente (CEV, 2021). Es el reconocimiento de que ambos son víctimas y de que solo juntos pueden resistir las presiones de los actores armados y los grandes capitales que quieren vaciar el territorio de su gente y de sus árboles.

Como abogado, mi papel no es llegar con soluciones prefabricadas desde Bogotá. Es escuchar. Es entender que, cuando un campesino reclama titulación, reclama el reconocimiento de su historia familiar, productiva y territorial; y que, cuando un Nükak reclama la ampliación de su resguardo o el saneamiento de su territorio, reclama la supervivencia de su mundo.

Ambas reclamaciones convergen en la necesidad de detener la máquina de guerra y despojo que opera en la Amazonia colombiana.

La justicia para la Amazonia implica, entonces, una reparación integral que aborde tanto las heridas de los humanos como las heridas de la naturaleza. Nos compele a entender que el acceso a la tierra y la restitución de las tierras despojadas a favor de familias campesinas deben darse sin pausa, fortaleciendo sus modos organizativos, su gobernanza y el desarrollo de prácticas productivas orientadas a superar la pobreza y las condiciones de vulnerabilidad, al tiempo que restauren y protejan la riqueza natural de la Amazonia.

Implica también el saneamiento y la ampliación de los resguardos indígenas, garantizando corredores biológicos y culturales que permitan a los Nükak retomar, si así lo desean, su movilidad o asentarse en condiciones dignas (Sentencia T-025 de 2004, Corte Constitucional).

La memoria como acto de resistencia y futuro para la Amazonia

El conflicto armado nos ha dejado como lección que la guerra contra la naturaleza y la guerra contra las personas son la misma a pesar de sus efectos diferenciados. Los mapas de la deforestación se superponen casi perfectamente con los mapas del desplazamiento forzado y las masacres. En Charras, en Mapiripán, en El Retorno, la sangre derramada ha abonado una tierra que luego es acaparada

por intereses oscuros. Por eso, la memoria es un acto de resistencia.

La Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), ha abierto una puerta enorme al acreditar a la naturaleza como víctima. Esto nos permite exigir a los comparecientes —excombatientes, militares, terceros civiles— que reconozcan no solo a quién mataron, sino qué ríos contaminaron, qué bosques talaron y cómo sus acciones rompieron el equilibrio ecológico y espiritual de territorios como el de los Nükak.

La reparación, por tanto, debe incluir actos de restauración ecológica participativa. No se trata de traer contratistas externos para sembrar árboles. Se trata de que campesinos e indígenas, con el apoyo del Estado, lideren la recuperación de la selva; de que los viveros comunitarios y las chagras sean también espacios de diálogo y reconciliación; de que el campesino que antes talaba para sobrevivir hoy sea el guardabosque que protege el corredor del jaguar, y que su saber se complemente con el conocimiento ancestral de los Nükak sobre las plantas y los ciclos de la naturaleza.

Esta visión puede sonar utópica frente a la dura realidad de las disidencias armadas que hoy retoman el control territorial y amenazan a los líderes ambientales. Pero es una visión que debemos asumir para salir de enfoques que niegan la permanencia física y cultural de los Nükak —advertida por la Corte Constitucional en el Auto 004 de 2009— la permanencia de las familias campesinas reconocidas como de las mayores víctimas

del conflicto armado colombiano y el riesgo de extinción ecológica de la Amazonia como regulador climático global.

Como abogado y como testigo de este tiempo, estoy convencido de que todo reclamo de justicia exige rememorar la historia de alguien, la historia de pueblos enteros. Sin el pasado es casi imposible recomponer lo ultrajado. Cada vez que cruzo la mirada con los Nükak y con los colonos, siento en ellos la potencia de la vida que insiste pese a las precariedades que los rodean. Y hay una certeza que nadie nos arrebata: la selva rebrota si se le da tiempo y las comunidades se reorganizan si se les brindan garantías.

Referencias bibliográficas

- Botero, R. (2024) Deforestación y conflicto armado en Colombia: consideraciones y recomendaciones. Policy brief 14-2024. Instituto Colombo-Alemán para la Paz – CAPAZ.

- Comisión de la Verdad. (2021). Acuerdo *"Vivir Juntos"* (Tui Chañ As) entre el Consejo de Autoridades Mauro Muno y las JAC de Charras y El Capricho.

- Comisión de la Verdad. (2022a). Hasta la guerra tiene límites: violaciones de los derechos humanos, infracciones al derecho internacional humanitario y responsabilidades colectivas.

- Comisión de la Verdad. (2022b). Caso Pueblos indígenas en riesgo inminente de exterminio físico y cultural.

- Congreso de la República de Colombia. (2023). Acto Legislativo 01 de 2023. Por el cual se reconoce al campesinado como sujeto de derechos.

- Corte Constitucional de Colombia. (2009). Auto 004 de 2009. Protección de los derechos fundamentales de las personas y los pueblos indígenas desplazados por el conflicto armado.

- Corte Suprema de Justicia. (2018). Sentencia STC-4360 de 2018. Reconocimiento de la Amazonia como sujeto de derechos.

- Dejusticia. (2022). Guerra contra el campesinado (1958-2019). Tomo II.

- FCDS (Fundación para la Conservación y el Desarrollo Sostenible). (2025). Guía metodológica para la caracterización y análisis territorial - Nükak.

- FCDS & UK PACT. (2024). Ganadería como motor de deforestación: Condiciones habilitantes y dinámicas territoriales en el Guaviare.

- Franky, C. E., & Mahecha, D. (Eds.). (2011). Los Nükak: El último pueblo de tradición nómada contactado en Colombia. Universidad Nacional de Colombia.

- Fundación Hasta Encontrarlos. (2021). Forasteros en propia tierra.
- Presidencia de la República de Colombia. (2011). Decreto Ley 4633 de 2011. Por medio del cual se dictan medidas de

asistencia, atención, reparación integral y de restitución de derechos territoriales a las víctimas pertenecientes a los pueblos y comunidades indígenas.





El viaje del queso de los ojitos: desde Remolinos de Aricuntí a tu mesa

Por: Astiury Ortiz Trujillo
Profesional Medicina Veterinaria y Zootecnia FCDS

Liliana Duica Amaya
Investigadora senior FCDS

La historia nace a orillas del río Orteguaza, en su margen derecha, donde poco a poco ha venido creciendo la inspección de Remolinos de Aricuntí, perteneciente al municipio de Milán, Caquetá. Este pequeño caserío, caracterizado por sus casas de madera y algunas de concreto, se convirtió en destino de familias colonas que llegaron desde distintos lugares de Colombia. Allí decidieron criar a sus hijos y ofrecerles una vida marcada por el empuje y el amor al campo.

En sus calles se encuentran pequeñas viviendas que funcionan como tiendas de abarrotes y heladerías, además de un centro educativo que acoge a los niños de las familias campesinas. En el corazón del caserío se localizan el tortugario y el polideportivo, espacios vitales de encuentro y esparcimiento comunitario. Frente a este último se alza la *Quesera QF*, propiedad de don Rafael, un comerciante delgado y de cabello blanco que, con orgullo y dedicación, produce de manera artesanal un queso bajo en sal al que cariñosamente llama 'queso con ojitos'. Los pequeños agujeros que aparecen durante el proceso de elaboración se han convertido en su sello distintivo.

Desde su modesta quesera artesanal, don Rafael recuerda el origen de su camino y de su interés por el mundo de los quesos, hace más de treinta años. No fue fácil: empezó comprando queso. Con el tiempo y la pasión por el oficio fue perfeccionando su propia receta hasta convertirse en artesano y fundador de una tradición local.

Con una sonrisa franca y la mirada llena de gratitud, afirma: *"Tengo una receta que he venido construyendo a través de la experiencia. Quiero seguir perfeccionándola para ofrecer cada día un producto de calidad que pueda llegar a más lugares".*

En el camino llegó a tener tres empresas, todas dedicadas a la producción de queso salado. La primera nació en La Ilusión; luego montó otra en Campoalegre y, más adelante, una más en Puerto Leguízamo. La última —la que hoy sigue en pie— florece en

Remolinos de Aricuntí. El 'queso de los ojitos' ha llegado lejos: hoy se consume en Bogotá y en San Andrés, donde sus clientes valoran la calidad del proceso artesanal que marca la diferencia al preparar buñuelos, pan de bono, almojábanas y arepas.

Recorrido del queso de los ojitos

El viaje del queso es una aventura que comienza en canoa por el río Orteguaza hasta la inspección de San Antonio de Getucha, un puerto clave en la economía local donde se comercializan las mercancías que van y vienen desde Florencia. Allí termina la carretera que conecta con la capital del Caquetá y empieza el encuentro entre comunidades rurales. Este trayecto fluvial incrementa de manera significativa los costos operativos de la pequeña empresa de don Rafael. Desde Getucha, el queso se despacha en un vehículo tipo *Thermo King* con destino a Bogotá. Sin embargo, el tramo entre San Antonio de Getucha y la "Y" de Milán, está en condiciones críticas: es una vía terciaria sin pavimentar que, durante las temporadas de lluvias intensas se deteriora aún más. Los transportadores arriesgan sus vehículos para cumplir con las entregas.

Cuando la carretera se vuelve intransitable, Rafael opta por enviar el queso en canoa hasta Milán por el Orteguaza. Esto incrementa los costos logísticos, pero al menos le permite no fallarles a sus clientes fieles, a los más lejanos, a los que viven en San Andrés y Providencia.

Ingenio sobre ruedas: el coche de don Rafael

En el caserío de Remolinos de Aricuntí, las condiciones del terreno desafían cualquier intento de transporte convencional. Las camionetas no resisten la precariedad de las trochas, de modo que un coche —una carreta de dos llantas traseras, fabricada en madera y hierro— se ha convertido en la solución. En esta región, la creatividad supera la resignación. El coche soporta el peso de los tambores donde se almacena la leche y un caballo entrenado lo hala a lo largo del recorrido.

La jornada de producción en las fincas empieza antes de que salga el sol. Entre las 4:30 y las 5:30 de la mañana, los terneros son encerrados en la corraleja y las vacas conducidas a las instalaciones para iniciar el ordeño manual. Sin importar las condiciones del clima —lluvia, frío o sol— se ordeña. Cada miembro de la familia aporta su esfuerzo: algunos productores viven en el caserío y se desplazan hasta sus fincas, otros residen en ellas.

"Es muy duro trabajar así —dice don Rafael—, *pero hay que buscar alternativas, porque no nos podemos quedar quietos".* Su determinación ha sido fundamental para sostener un emprendimiento que irradia beneficios a la economía local y transforma las ilusiones de pequeños y medianos productores en proyectos sostenibles. Muchos viven hoy de la ganadería y buscan dejar atrás las cicatrices del conflicto armado y la bonanza cocalera.

Cada día, un operario recorre el camino para recolectar cada litro de leche que entregan los proveedores de la *Quesera QF,* quienes decidieron apostarle a una economía lícita que les asegurara ingresos para sostener a sus familias y el sistema productivo.

Un queso para paladares exigentes

El queso que produce esta pequeña quesera no es para todos. Don Rafael lo elabora pensando en clientes exigentes, que valoran sus características organolépticas —sabor, textura y aroma— y están dispuestos a pagar por un producto de calidad. *"Yo no hago el queso como yo lo necesito, sino como ellos lo necesitan"*, afirma.

Este producto permite la elaboración de diversos subproductos, lo que lo convierte en una opción preferida para quienes buscan calidad y funcionalidad en un solo alimento. En el mercado de los quesos artesanales abundan las variedades: algunos se distinguen por su consistencia —duros, blandos, bojosos, sin sal o salados— otros, por su baja calidad, con impurezas o sin ellas.

El queso caqueteño, como el de don Rafael, ha logrado posicionarse frente al tradicional queso costeño. Mientras este último puede contener hasta un 30 % de suero y se comercializa a menor precio, el picado salado de Caquetá ofrece una textura más firme, menor humedad y mejores atributos organolépticos.

Saberes rurales y sostenibilidad: la dualidad de la quesería artesanal

El 'queso de los ojitos', receta de la *Quesera QF* y fruto del trabajo de familias rurales del Caquetá, demuestra que la tradición puede convertirse en motor de sostenibilidad. Cada bloque elaborado en Remolinos de Aricuntí lleva consigo el sabor de la tierra y la esperanza de un futuro en el que cultura, economía familiar y conservación de la Amazonia se entrelacen. Este queso simboliza la perseverancia y evidencia que producir con compromiso y conservar es posible. Desde lo local abre camino hacia una visión de desarrollo que abraza la riqueza natural y humana no solo del Caquetá, sino de toda la Amazonia.

En este punto cobra relevancia el trabajo de la Fundación para la Conservación y el Desarrollo Sostenible (FCDS). La fundación impulsa iniciativas orientadas a proteger los ecosistemas amazónicos y, al mismo tiempo, fortalecer alternativas productivas para las comunidades rurales. La quesería artesanal se convierte en un ejemplo concreto de esa apuesta: un producto que preserva la cultura local, ofrece oportunidades económicas legales en territorios marcados por el conflicto armado y demuestra que es posible producir sin destruir.

*La ganadería es considerada uno de los sistemas productivos causales en la transformación de los ecosistemas amazónicos, pero pese a ello constituye un pilar económico fundamental para miles de familias rurales que han encontrado en este sistema productivo una fuente estable

de sustento y desarrollo. En este contexto, resulta prioritario fortalecer la implementación de alternativas productivas sostenibles que permitan reducir los impactos ambientales, optimizar el uso de los recursos y consolidar una actividad ganadera más eficiente, rentable y competitiva en el largo plazo. Estas acciones son esenciales para avanzar hacia modelos de producción que armonicen las necesidades económicas de las comunidades con la conservación de la Amazonia y la responsabilidad ambiental del territorio.







Sobrevuelos y satélites: otra forma de sentir la Amazonia

Por: Luz Alejandra Gómez Gallego
Líder Análisis Geoespacial FCDS

Recuerdo que tenía 13 años cuando visité la casa de una amiga en el barrio Quinta Paredes, en Bogotá, y allí, al ingresar, me quedé sorprendida en medio de flechas colgadas en la pared, plumas, arcos, artesanías y fotografías de indígenas semidesnudos con el cabello corto y el rostro pintado, comiendo lo que para mí, en ese momento, eran los gusanos más grandes que había visto en mi vida.

De igual manera, vi fotografías de mi amiga en sus primeros años, recostada en hamacas, tomando su tetero y acompañada de mujeres indígenas con los pechos desnudos y de niños jugando alrededor.

Mi curiosidad fue tan grande que le pregunté en qué trabajaban sus padres, a lo que me respondió:

—Son médicos que visitan a una comunidad indígena en el Guaviare y les llevan medicinas y cosas para que estén mejor.

Pregunté también por los gusanos grandes:

—Son Mono Jojoy.

Su padre la corrigió de inmediato y dijo:

—No, son mojojoy.

La tarde terminó entre rompecabezas y galletas, pero en mi mente quedó sembrada una inquietud profunda: existían otras formas de vida, otros territorios, otras lógicas del mundo.

Cerca de quince años después de aquella visita de adolescencia, convertida ya en ingeniera catastral y geodesta, ingresé como contratista en Parques Nacionales Naturales de Colombia, en la Dirección Territorial Amazonia, en el cargo de profesional en Sistemas de Información Geográfica. Comenzaba a ver y entender ese mismo territorio, que primero conocí a través de las fotografías de mi amiga, desde una óptica diferente: desde el espacio y los planos cartográficos.

Durante aquellos años visité diferentes áreas protegidas de la región amazónica, como el Parque Nacional Natural Amacayacu, el Cahuinarí, el

Puinawai, La Paya, la Serranía de Chiribiquete y el Río Puré. Las imágenes satelitales de alta resolución me ayudaron a ver y documentar cómo avanzaban las balsas mineras buscando oro dentro de los ríos. Por medio del programa de monitoreo de las presiones y amenazas al interior de las áreas protegidas que se realizaba en el marco del ejercicio de Gestión del Riesgo, y con el uso de técnicas de sensores remotos como fotografías e imágenes satelitales, se identificaban dichas amenazas.

Esas mismas técnicas de sensores remotos como fotografías e imágenes satelitales (Sistema de Monitoreo de Presiones y Amenazas de PNN), el uso de GPS y los ejercicios de cartografía social en compañía de las comunidades de los resguardos indígenas, como los Bora Miraña (gente de centro), nos ayudaron a monitorear y proteger a la tortuga charapa, amenazada por la minería en el río Caquetá.

En parques más extensos, como la Serranía de Chiribiquete y la Sierra de la Macarena, los sobrevuelos en avioneta a baja altura se convirtieron en otra herramienta de monitoreo muy útil. Durante la realización de estos sobrevuelos se puede ver y sentir de una manera muy distinta la selva amazónica; se experimentan de forma más directa el asombro y la belleza de su biodiversidad, en contraste con la impotencia ante las cicatrices geométricas de color ocre o ceniza que revelan la quema y la deforestación.

Ver con los propios ojos estos cortes limpios y antinaturales en el tejido del bosque es entender una realidad palpable y aterradora. Desde el aire se

visibiliza un patrón lineal que rompe y fragmenta el bosque comúnmente denominado 'trochas', que hace parte de una red de carreteras ilegales que serpentean dentro del bosque. Estas vías abren el acceso a colonos, grupos armados ilegales, maquinaria, insumos y economías ilícitas, y crean un 'efecto borde' de deforestación que se expande radialmente en la selva, antes virgen.

Los diferentes patrones que se observan desde el aire o mediante imágenes satelitales revelan distintas causas de la destrucción del bosque. Por ejemplo, en algunas zonas, como la RNN Nükak, se observan cuadrículas muy pequeñas que no superan las dos hectáreas cada una al lado de algún río navegable en medio del bosque. Además de la forma, llama la atención la intensidad del color: un verde neón reflejado por el sol, diferente de los demás tipos de cobertura del paisaje. Ese color indica que se trata de un cultivo de coca que, adicionalmente, se encuentra sembrado de manera organizada, separando un individuo de otro en el suelo. Desde una avioneta también los delatan los laboratorios para producir pasta de coca que se camuflan al borde del bosque con techos de plástico negro.

Ver este tipo de destrucción de la selva en áreas de alta importancia ambiental genera en algunos momentos impotencia pero entender la entrega y pasión de los funcionarios de la entidad en la protección de los ecosistemas naturales da energía para seguir trabajando por este territorio tan biodiverso.

Mi paso por Parques Nacionales Naturales me confirmó el deseo de trabajar por conservar la

Amazonia y procurar aportar a la construcción de un mejor país, con oportunidades y mejor calidad de vida para quienes allí habitan. Escuchar la voz de compañeros que están en terreno y que son constantemente amenazados por actores armados ilegales pero que no se rinden y siguen protegiendo el territorio aunque estén expulsados de sus áreas de trabajo desde el 2020, muestra la esperanza de que algún día esta situación tenga solución.

Seis años después, pero del lado de la sociedad civil, en la FCDS, seguí sobrevolando y observando la selva a través de las imágenes satelitales, aunque en esta ocasión desde una visión más regional e integral que recoge otras amenazas como la deforestación y sus principales causas: la huella de la ganadería con grandes corrales; pastos que sustituyen bosques; reservorios de agua que indican que la disponibilidad hídrica se reduce en la época de verano y nuevas carreteras que permiten y facilitan la movilidad del ganado para ser comercializado en el resto del país. Por otro lado, el acaparamiento de tierras que, visto satelitalmente, agrupa grandes lotes continuos deforestados en muy poco tiempo y el avance de la frontera agropecuaria hacia el bosque aún intacto.

Por suerte, no todo es destrucción. También he visto ecosistemas únicos y hermosos: las sabanas naturales, como la del Yarí; los bosques monoespecíficos en el Resguardo Indígena Llanos del Yarí; los chorros del río Apaporis; los tepuyes de Chiribiquete; los raudales del río Guayabero; el cañón del río Araracuara; los cerros de Mavecure; la estrella fluvial de

Inírida; los lagos de Tarapoto, entre otras maravillas. La esperanza de mantener estos lugares intactos me ha llevado a reconocer que la Amazonia es mi segundo hogar y poner al servicio de la sociedad mi conocimiento puede ayudar a construir un mejor país. La Amazonia no es un paisaje lejano: es un pilar del mundo que habitamos. Su protección es un compromiso colectivo y urgente.



4.

Ríos





Entre el mercurio y la vida

Por: Yady Cristina González Álvarez
Profesional de análisis territorial y conflictos socioambientales asociados a la minería FCDS

Lo que ocurrió en julio de 2025 en el corazón de la Amazonia colombiana no fue un evento más. Fue un territorio hablando a través de su gente. Desde Colombia, Perú y Brasil llegaron decenas de delegaciones indígenas hasta el Parque Nacional Natural Amacayacu en Leticia, con confesiones que emergían desde los ríos, desde el bosque y desde los cuerpos. Quienes participamos como testigos llegamos a escuchar y a aprender.

Fue allí, en el Primer Intercambio de Pueblos Indígenas Amazónicos sobre la Minería Ilegal de Oro y la Contaminación por Mercurio, entre rostros pintados, trajes tradicionales y miradas cargadas de siglos, donde comprendimos que el río también tiene memoria, que también tiene voz. Éramos mujeres,

hombres, jóvenes y mayores. Algunos habían llegado tras días de navegación desde territorios donde la minería ilegal de oro avanza río arriba, dejando a su paso mercurio, violencia, enfermedad y miedo.

Cuando la vida se altera, el río habla con furia, con tristeza, con cansancio, y lo hace a través de quienes han sido sus guardianes. Una de las voces que más me estremeció fue la de una lideresa Kokama, proveniente de Brasil. Su voz, por momentos entrecortada por silencios y algunas lágrimas, cargaba el peso de generaciones vulneradas, violentadas y olvidadas por el Estado.

— ¿Cuántos gramos de oro vale una vida?—, preguntó.

Nadie respondió.

— Yo no quiero ser civilizada para cortar madera, para hacer papel, para firmar un acuerdo donde se promete proteger la vida y no se hace. Yo no entiendo eso.

Esas palabras abrieron entonces una herida compartida. Desde Colombia, otro líder indígena también señaló entre impotencia y rabia:

— Los ilegales nos dividen. Unos quieren el oro, otros quieren el río. Pero así no se puede cuidar el territorio —.

Desde la delegación indígena del Perú, con la serenidad de quienes han visto demasiado, pero con la voz quebrada y los ojos por momentos llenos de

lágrimas, llegó un mensaje que aún resuena en mi cabeza como un pedido urgente de auxilio:

— El oro que se consume en el mundo contamina y mata en nuestros territorios. Queremos que lo sepan, necesitamos apoyo para seguir luchando por nuestras cuencas—.

El oro

Durante aquel intercambio una de las preguntas que abrió la conversación fue sencilla y enorme a la vez: ¿Qué es realmente el oro, de dónde surge, para qué sirve y qué consecuencias deja su extracción?

Los representantes de los Jaguares del Yuruparí, viajeros desde la selva de Colombia, entre el Vaupés y Amazonas, nos llevaron a un lugar hondo del pensamiento. Para ellos, el oro es intocable. No por su valor económico, sino porque es un elemento sagrado creado por los dioses como la luz del mundo, guardado en yacimientos que funcionan como 'postes de soporte del planeta'. Los minerales, dijeron, son la sangre de la madre tierra, sostienen su equilibrio, su salud, su espíritu. Sacarlos sin permiso tiene consecuencias. *"Cuando se toca el oro, hay que pagar las consecuencias"*, dijeron con serenidad.

Su explicación era clara: los metales están en la tierra porque deben estar ahí. Son parte del orden natural y espiritual. Removerlos sin propósito sagrado, solo por lucro y vanidad, desbalancea todo: la mente, el cuerpo, el territorio y el universo. Para

los pueblos tradicionales, el oro no es riqueza, es herramienta para ver, para curar, para entender el mundo. Para el pensamiento extractivo, en cambio, todo es recurso, todo es explotable. Incluso a costa del desorden social, del desequilibrio y del dolor.

Escuchándolos, pensé en lo absurdo que resulta arrancar el oro de la tierra para encerrarlo en una bóveda o usarlo en una joya. Desde Brasil, alguien repitió una frase que se volvió eco durante el intercambio:

—Cuanto más dinero se mueve con el oro, más muerte llega—.

¿Cuántas vidas caben en un kilo de oro? ¿Cuántos peces contaminados con mercurio? ¿Cuántos cuerpos enfermos? ¿Cuántas niñas entregadas en trueque? ¿Cuántos líderes asesinados?

Desde Madre de Dios en Perú, una mujer habló con la piel curtida por el sol:

— El oro ha traído divisiones. Ya no se ven los mismos jóvenes líderes. El oro trae prostitución, narcotráfico, trae muerte —.

El mercurio

Y es extraño, casi irónico, que aquello que más daño causa llegue disfrazado de belleza. No deja de ser asombrosa la forma en que el mercurio hipnotiza. ¿Quién podría imaginar un metal líquido, inquietante, plateado como un espejo húmedo y capaz de obedecer al más leve movimiento como si bailara?

Para los antiguos alquimistas, esa docilidad misteriosa era una frontera entre la magia y la ciencia; el mercurio parecía contener los secretos del universo. Durante el intercambio, una mujer de la cuenca del Nanay nos habló con una voz hecha polvo:

—A mí, como mamá, me ha dolido cuando mi hijita me dijo que no quería estudiar. La he llevado a especialistas y he descubierto que tiene retraso mental. Digámonos la verdad: allá en mi pueblo, los niños de secundaria no saben ni leer. Los niños tienen problemas mentales, las madres no entendemos por qué. En el agua ya no hay vida, y cuando reclamamos nos amenazan—.

Después, una mujer Kokama añadió una frase que cayó en el salón como una piedra lanzada al fondo del río:

—En mi comunidad cuatro niños nacieron con las tripas por fuera—.

El mercurio es un viajero silencioso. Entra por el aire cuando lo queman, por la piel cuando lo manipulan y por la boca cuando se come pescado contaminado. Pasa de madre a hijo incluso antes de que ese hijo aprenda a respirar por sí mismo, dejando una huella que durará para siempre. Envenena no solo la vida de quienes lo tocan o lo consumen, sino también el futuro de los que aún no han nacido: niños que llegan al mundo cargando un veneno que no eligieron, herederos involuntarios de una tragedia que comenzó lejos de ellos y mucho antes de su primer aliento.

Los sabedores tradicionales lo advertían mucho antes de que existiera la palabra contaminación: *"Cuando se tocan los minerales de la tierra, hay que pagar las consecuencias"*. No era una amenaza, era un principio de equilibrio que el mundo moderno decidió ignorar.

Y entonces aparece el mercurio como una forma cruel de recordarnos las consecuencias del llamado 'progreso'. Porque él no se queda solo en las comunidades donde se manipula, no distingue territorio, frontera, ni distancia; viaja con el aire, con el agua de los ríos, con los sedimentos, viaja con los peces. Sigue caminos invisibles que pueden recorrer miles de kilómetros. Lo que inicia en una batea clandestina puede terminar en un mercado lejano, en una cocina urbana, en el plato de alguien que nunca ha puesto un pie en la Amazonia.

Los cuerpos que se envenenan no son solo los de los mineros o los de las comunidades indígenas y colonas que viven cerca de los garimpos, también pueden ser los nuestros. Ese metal que corre como un hilo de plata maldita que nos conecta, llega a nuestros cuerpos sin hacer ruido. Es una memoria tóxica que surge de las entrañas de la tierra y se queda en el cuerpo y en la sangre, incluso después de que los mineros han abandonado la zona.

Allí, en los cuerpos de quienes lo desafían, de quienes simplemente viven junto al río sin saber que lo respiran y lo comen, o incluso en quienes habitamos

a cientos de kilómetros de territorios mineros. Allí, el mercurio trabaja silencioso. Mina la coordinación, nubla la vista, confunde el pensamiento, roba posibilidades a los niños que nacen, paraliza lentamente, destruye la memoria, acorta la vida. Incluso puede matar sin anunciarse: sin sabor, sin olor, sin aviso.

La vida

Un joven guainiano que se define a sí mismo como artista indígena apasionado por expresar la cultura de su comunidad tomó la palabra:

—Desde niño sentí una conexión profunda con la naturaleza: con el canto de los pájaros, el murmullo del río, el olor a tierra húmeda. Todo eso me hablaba sin palabras, me hacía sentir vivo. El río Inírida no solo lleva agua: lleva historias, caminos y la vida misma del Guainía. Por estas aguas han navegado nuestros abuelos llevando sus sueños y sus trabajos de un pueblo a otro. Aquí el río es carretera, espejo, alimento y hogar. Donde hay río, hay vida—.

Él como muchos otros jóvenes, empujado por el abandono estatal, la necesidad y la falta de oportunidades, ha participado en labores de minería ilegal en su región.

Su voz condensa una tensión que atraviesa toda la Amazonia: la vida que se ama y se defiende y al mismo tiempo la vida que se ve arrinconada por un modelo que obliga a elegir entre sobrevivir hoy o cuidar el mañana. Allí, en esa contradicción, se cruzan el oro

que seduce, el mercurio que envenena y una existencia que, aún herida, se niega a desaparecer.

Todo lo que escuché y vi en aquel encuentro amazónico pareció mostrar que estamos parados en un punto frágil de la historia: donde el mercurio, el oro y la vida se miran de frente, disputándose el futuro. Mientras la Amazonia siga respirando, todavía habrá un mañana posible. Y quizá ese mañana empiece en la decisión más simple y urgente: elegir la vida.

Me quedo con un fragmento tomado del pronunciamiento indígena de ese Primer Intercambio de Pueblos Indígenas Amazónicos sobre la Minería Ilegal de Oro y la Contaminación por Mercurio:

“La Amazonia vive porque vivimos
los pueblos indígenas”.





Voces desde la triple frontera Colombia, Brasil y Perú

Por: Salomón Majbub Avendaño
Investigador área de incidencia FCDS

Aquí más que disputar oro y coca, la disputa es el río. El que manda no es el que tiene más armas, sino el que controla el río. Para nosotros estos 'límites' que los Estados denominaron como 'frontera' no son fronteras, son nuestro territorio. Ahí empieza el problema.

Desde hace años, o mejor, siglos, esta región ha sido deseada por muchos que han querido saquearla sin importarles nosotros, sus pueblos, sus comunidades, sus gentes. A la Amazonia han venido a llevarse su caucho para fabricar llantas, sus árboles para fabricar elegantes muebles para las realezas y poderes de otros continentes que se creen de otros mundos. También han querido llevarse el oro para fabricar sus joyas o

guardarlo para acumular más poder y más dinero. A nosotros de todas esas bonanzas y saqueos no nos ha quedado nada, o corrijo, no nos ha quedado nada bueno; porque nos quedamos con nuestras selvas devastadas, nuestros ríos contaminados y nuestra supervivencia cultural y material en jaque.

Las economías ilegales también se disputan nuestro territorio. Yo soy joven, pero recuerdo una conversación que tuve con un señor, el señor Ruiz, que fue inspector de policía en San Juan de Atacuari en los años 70, 80 y parte de los 90. Me contó que desde que él llegó por aquí, en todas las poblaciones había pistas clandestinas y laboratorios para convertir en cocaína la pasta base o base que llegaba desde Perú. Para su momento, importantes capos de la droga como Pablo Escobar, Gonzalo Rodríguez Gacha, Evaristo Porras y los hermanos Rodríguez Orejuela, se pasaban por estas tierras supervisando cómo iban sus pistas, laboratorios y negocios. De acá del Amazonas, despegaban muchos aviones pequeños cargados con droga a otros países. Como con el caucho, la madera o el oro, al territorio no retorna ese dinero, nunca lo hemos visto, pero sí hemos visto lo que queda: problemas, violencias y angustias.

Ya de un tiempo para acá, tal vez unos 12 o 13 años, ya estoy más grande y puedo observar mejor ciertas cosas y entender otras. Empezaron a establecerse en Leticia soldados especialistas en volar aviones. Esos soldados vinieron con una misión: controlar el cielo. Acá es cuando el río se impone y se hace importante. Hoy los que están en los negocios de drogas -y también otros negocios- ya no necesitan

nuestros cielos ni nuestras tierras para hacer pistas para sus aviones; han visto en nuestro río Amazonas y sus afluentes, caminos infinitos y fluidos, sin controles, libres y, además, conectados con otros países como Brasil y Perú para llevar y traer lo que quieran.

Sé que nuestro país no ha podido tener periodos de paz, no desde que yo existo, no desde que existen mis papás y tampoco desde que existen mis abuelos. Desde ahí solo uno escucha relatos de conflicto, violencias, guerra. Sé que en 2016 se firmó un Acuerdo de Paz con una guerrilla que siempre decían que era la más vieja del mundo. ¿Cómo no alegrarnos con semejante noticia? Sin embargo, la dicha ha durado poco. Si bien antes de ese Acuerdo de Paz no se había sentido en la región el conflicto, su interminable reproducción si se está sintiendo y viviendo. Un nuevo ciclo de violencia se está gestando en nuestros territorios y en nuestros ríos. Esos nuevos grupos armados que llaman disidencias en la prensa los periodistas, en los discursos los políticos, en la calle la gente del común, han llegado hasta el Amazonas en busca del dorado para sostener su guerra. Vienen avanzando sobre importantes lugares y ríos para pedir por la fuerza a empresas mineras dinero, aunque camuflan sus ambiciones económicas y guerreristas con discursos de protección para las comunidades que habitamos estos territorios y estas aguas. Hemos venido entendiendo, pero no aceptando ni resignados, que estos señores de las disidencias entienden el valor estratégico de nuestra región para mover toda su logística y economías hacia otras fronteras.

Escucha uno siempre hablar de la importancia del Amazonas. Pero el Estado que dice preocuparse tanto por nosotros y nuestro territorio no facilita oportunidades laborales o productivas, por eso estamos a la deriva, huérfanos nos sentimos y a merced de lo que otros nos ofrezcan para trabajar y conseguir algunos pesos para sostener a nuestras familias. Nuestras gentes pasan necesidades, nuestros niños no pueden ir al colegio porque no hay, solo hay escuelas en Leticia y Puerto Nariño. Hay muchas comunidades que sobre el río están a horas de estos puntos, navegar el río no es barato y por eso muchos padres no pueden enviar a sus niños a estudiar. En el mejor de los casos algunos pueden asistir a las escuelas en Perú, pero un diploma del Perú no sirve de mucho en Colombia para luego intentar entrar a una universidad.

El río es nuestro camino y nuestro alimento, pero también es donde los criminales enganchan a los jóvenes. Esa es la historia de Juan, un amigo que hice por casualidades de la vida. Juan es motorista, maneja una lancha y trabaja pasando personas de Colombia a Perú o a Brasil sobre el Amazonas. Un día estaba en el puerto de Leticia cuando unos hombres de Brasil le pidieron llevar combustible a un punto sobre el río pero ya en jurisdicción de Brasil. Por ese encargo le ofrecieron 500.000 pesos. Esos, Juan se los podía hacer en dos semanas de trabajo duro. Lo cierto es que el encargo salió bien y Juan siguió haciendo esos favores. Sus ingresos mejoraron al punto que pudo cambiar su bote por uno de mejor motor. Sabía moverse por el río y entre las fronteras; sabía que lo que estaba haciendo era un delito,

y por eso salía a hacer esos encargos durante la noche porque la marina brasilera deja de recorrer el río en la noche. Un día le ofrecieron un millón de pesos para mover el combustible hasta Brasil en un horario que él sabía era arriesgado. Esa vez fue requerido por un puesto de control del ejército brasilero y al encontrar el combustible sin las debidas facturas lo apresaron y lo juzgaron por delitos ambientales. Duró tres años en la cárcel. Al salir su vida era otra. Su esposa e hijo ya no estaban para él. *"Si hubiera sabido que estas eran las consecuencias de eso jamás lo hubiera hecho"*, me contó un día entre lágrimas en su bote.

Así como Juan, mi amigo, hay muchos. Lo cierto es que el río es una ruta para trabajos ilegales. Las comunidades sobre el río quedan despobladas cuando en lanchas pasan armados recogiendo jóvenes, mujeres y niñas para llevarlas a trabajar a los cocales que vienen creciendo y expandiéndose en la Amazonia peruana. Dicen que las disidencias son brazos armados de quienes cultivan coca en Perú, aunque mi primo Pedro, quien ha llevado gente a trabajar a los cocales peruanos, dice que nunca ha visto logos o marcas de quienes tienen las armas en esos cultivos, que más bien son colombianos que, aprovechando las flexibilidades de la legislación peruana sobre la coca, y la débil presencia estatal peruana, han llegado a cultivar coca, producir cocaína y transportarla por el río hacia Brasil, por donde sale a otros mercados internacionales.

Los trabajos en los cocales peruanos tienen unas lógicas de sobreexplotación. Los precios nunca

son fijos. Quienes administran los cocales ponen los precios que quieran, a veces pagan a 500 pesos colombianos el kilo de hoja, a veces 700 pesos, unas veces más otras veces menos. Pagan como quieren. Pero qué se puede hacer si es eso o nada. Las mujeres y las adolescentes tienen unos roles específicos en esa economía: las mujeres adultas trabajan en las cocinas preparando alimentos y las adolescentes y niñas terminan siendo violentadas y explotadas sexualmente.

Leticia, para estos actores de la guerra, es importante, en tanto les permite hacer negocios con otras estructuras criminales de Brasil y Perú. En Leticia, Santa Rosa o Tabatinga se reúnen para vender cocaína y marihuana a Brasil, recoger dinero o armas. Negocios que controlan brasileros afiliados a organizaciones como el *Comando Vermelho* o el *Primero Comando da Capital*, o las disidencias colombianas. Como conté anteriormente, para los Estados la frontera es un límite, mientras para nosotros no existe tal frontera ni tal límite, mucho menos para las organizaciones criminales que se mueven por el río de un país a otro, o de calle en calle pasando de Brasil a Colombia para hacer sus negocios y llevarse nuestra gente.

La economía local legal, formal, informal y la ilícita están bastante interrelacionadas acá, en esta triple frontera. Los comerciantes legales venden insumos a actores ilegales. Las casas de cambio son lavaderos de actividades ilegales; si llegan dos millones de reales — moneda de Brasil — por la venta de un cargamento, las casas de cambio los venden y se lava esa plata. El comercio legal también es un lavadero. Los

controles sobre el dinero, sobre sus flujos, sus orígenes y destinos no existen.

La plata que desde la comunidad internacional se está gestionando para 'salvar' la Amazonia no está llegando a sus pueblos, no llega a los gobiernos locales, o de pronto llega, no todo, algo, y la corrupción, la maldita corrupción y la avaricia de algunos gobernantes la desaparece. Las entidades estatales que alguna presencia tienen en la región no cuentan con presupuestos y capacidades para atajar los conflictos y problemas estructurales identificados, y que están acabando con la selva tropical más importante del mundo, poniendo en riesgo la seguridad climática del planeta.

Buena parte de nuestros problemas y de nuestras realidades, de la vida de frontera que llevamos, radica en la forma en que el Estado central nos ha entendido y nos ha construido. Para Bogotá, nosotros solo somos selva, nos entienden como pueblos que no merecen ser parte del proyecto de nación que ciertas clases políticas y económicas han construido para sus beneficios, donde solo caben ellos, los señorones de Bogotá, o de Medellín, o de Cali, o de Barranquilla, pero para su visión de país los pueblos indígenas amazónicos y los colonos que aquí habitamos no representamos altura para ser parte de una misma nación. Por eso nos dejan a nuestra suerte. Aun así somos ricos, tenemos una selva y unas aguas que todo nos lo da, la madre naturaleza nos da comida, pescado, nos da sombra, a pesar de que las quieren destruir para seguirnos excluyendo y, por qué no decirlo, hasta aniquilarnos.

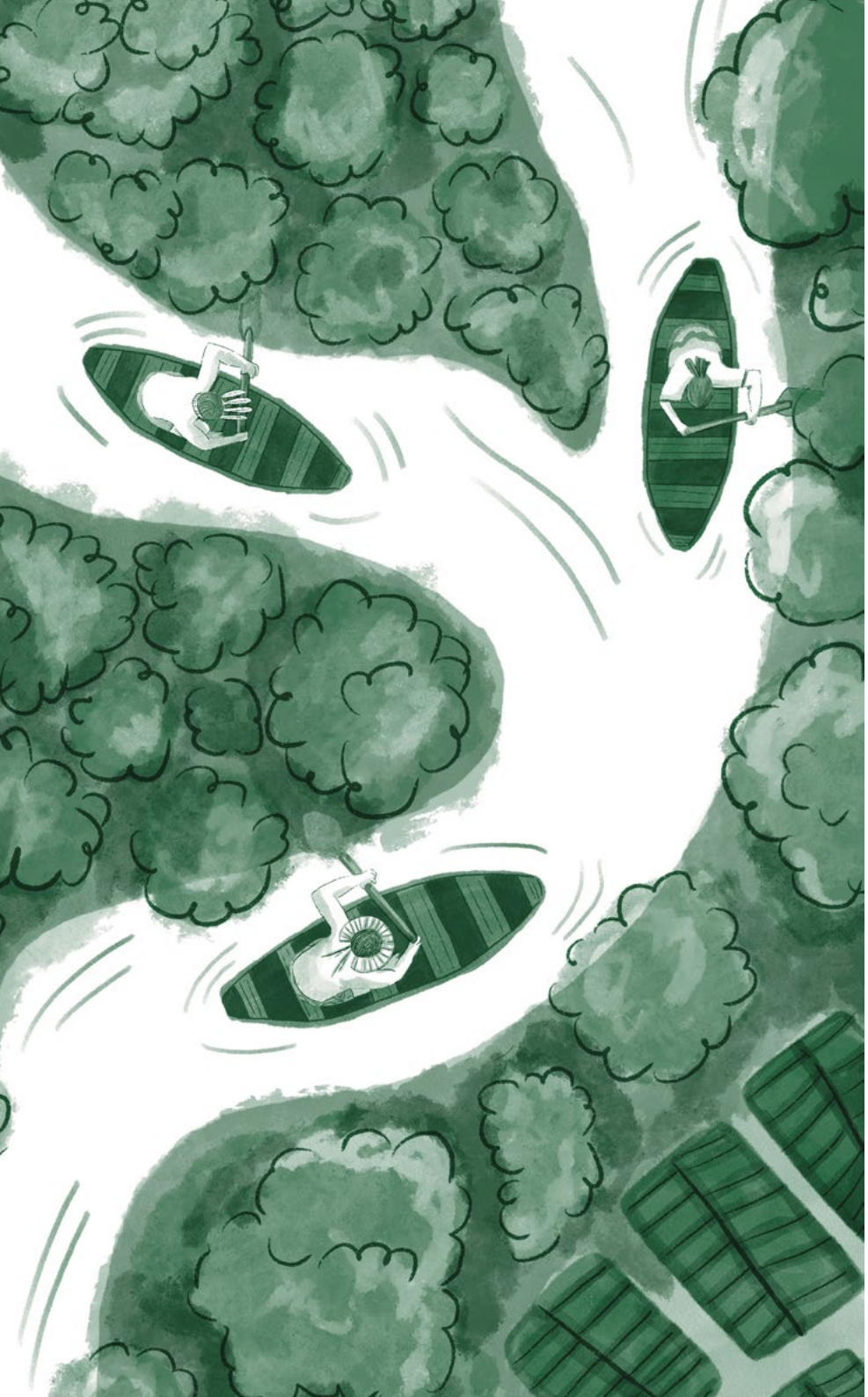
Esas funciones que no ha querido asumir el Estado con nosotros y nuestro territorio sí han sido asumidas por grupos armados y organizaciones criminales. Estos actores han terminado por imponer otras formas de gobernanza basada en amplios repertorios de violencia, desconociendo las formas organizativas de los pueblos ancestrales y, como las políticas neoliberales de los Estados centrales, priorizando su hambre económica en detrimento de nuestros ecosistemas. El establecimiento de estos gobiernos criminales lleva repercusiones en nuestra forma de vida, ya no estamos tranquilos, las tasas de homicidio en ciudades como Leticia o Tabatinga superan las medias nacionales de Colombia y Brasil. Todos los días hay muertos por ajustes de cuentas, por un cargamento, por una dosis, por una extorsión no pagada, por una disputa por una calle o una parte del río.

Nuestros curacas, nuestras autoridades indígenas vienen siendo un objetivo militar de quienes hoy controlan nuestros territorios. Los gobiernos propios y ancestrales, que siempre han sido expresiones organizativas nuestras para resistir ante las avanzadas de malas gentes y ambiciones sobre nuestro hogar, tierras y ríos, se han vuelto un estorbo para los intereses criminales, pero también para algunos intereses oficiales. Nuestras gobernanzas comunitarias y nuestras autoridades ancestrales tratan de hacer contrapeso a lo criminal; han tratado de contener la desbandada de pelados hacia las economías ilegales o peor, a que terminen engrosando las filas de esas organizaciones criminales. Hay un esfuerzo importante que genera esperanza

por parte de nuestras formas organizativas de no rendirnos y preservar nuestra cultura, nuestros pueblos y territorios, a pesar de tantos líderes nuestros asesinados por las balas criminales, líderes que nadie reclama y a nadie indignan en Bogotá.

Esas violencias físicas y directas también terminan desembocando en violencias menos visibles como la autocensura, la desconfianza entre nosotros mismos y las rupturas del tejido social y comunitario. No han querido entender, quienes deciden la política, que nosotros no somos los enemigos del Estado o del medio ambiente; todo lo contrario, somos quienes lo cuidamos, porque cuidar la selva es cuidar la vida, nuestra vida. Por eso, mientras el Estado entiende que somos sus aliados y que de él necesitamos es fortalecimiento a nuestras formas y gobiernos de paz y armonía con la naturaleza, es imperativo organizarnos nosotros porque nadie más va a cuidar este río y esta selva. Después de todo el Amazonas es mucho territorio para tan poco Estado.

*En este relato confluyen en una sola voz las voces de todas las personas que Salomón Majbub Avendaño entrevistó durante el viaje que realizó a la triple frontera para documentar la situación de gobernanzas, frontera e impactos comunitarios y ambientales en el Trapecio Amazónico.
"Quise fundir los testimonios de líderes indígenas, funcionarios públicos, colonos, para que juntos le permitan al lector tener una mejor idea de cómo perciben este territorio tan complejo por su geografía, historia y encuentro de culturas": Salomón Majbub.





El río: frontera de todos, territorio de algunos

Por: Andrea Cristina Buitrago Castro
Directora ejecutiva FCDS Perú

Desde el cielo parece una pintura: una serpiente estática sobre la tierra. Los indígenas le dicen «la gran anaconda», como si también la hubieran visto desde lo alto. La gran serpiente a veces es café con leche, a veces negra rojiza, con manchas blancas, dependiendo de la época del año. Está atravesando, en mil vueltas, el inmenso bosque amazónico.

Desde la tierra es otra cosa. O bueno, desde el agua. La inmensidad y la fuerza de esas corrientes me dejaron sin aliento al percibirlas por primera vez veinte años atrás. Iba a bordo de uno de esos barcos que van de arriba para abajo por el río Amazonas, moviendo carga, mercancías de todo tipo y gente con una variada oferta de servicios para todos los bolsillos.

En el tercer piso, detrás de la cabina del capitán, estaban unos seis camarotes, codiciados por su comodidad pero temidos por las constantes visitas de cucarachas voladoras. Le seguía un segundo nivel en el que la ley para acomodarse consistía básicamente en «mire a ver dónde puede guindar su hamaca». En el nivel de abajo: la bodega, la tripulación y la carga. Ahora pienso que también podrían viajar algunos polizones.

Yo viajaba en grupo con quince colegas biólogos, ecólogos, veterinarios y odontólogos. Habíamos salido de Bogotá el 2 de diciembre de 2005 a medianoche en un bus rumbo a Cúcuta para dirigirnos a Caracas y luego, por la ruta BR-174, hasta nuestro destino: Boa Vista, capital de Roraima, en Brasil; más exactamente, la estación biológica *Ilha de Maracá*, en medio del Río Branco. Íbamos a participar en un taller sobre soluciones de adaptación a la crisis de sequías extremas del río y sus efectos en ecosistemas y comunidades.

El regreso fue distinto. Después de catorce días en Boa Vista nos dirigimos a Manaos para emprender una travesía de siete días surcando el río Amazonas hasta Tabatinga, en ese barco viejo. Manaos es una ciudad puerto, la más importante de la Amazonia, llena de historia sobre la explotación de los recursos del bosque, de su gente y de sus culturas. El puerto lo gobierna un caos de comercio informal, de personas que van de aquí para allá y de barcos que cargan y descargan sin pausa, algunos con temor de ser sorprendidos con mercancías ilegales.

Pero a Manaos también la rodea otro caos, uno natural y hermoso: el encuentro de las aguas blancas del Río Amazonas con las aguas negras del Río Negro. El café con leche característico del Amazonas se debe a la carga de sedimentos que arrastra desde su nacimiento en los lejanos Andes. A su vez, el color té oscuro del río Negro y de otros ríos que nacen en la Amazonia baja, se atribuye a los taninos derivados de la descomposición de hojas y otros restos orgánicos.

Por ahí pasan embarcaciones que van y vienen de Belém do Pará, cerca de la desembocadura del Amazonas en el Océano Atlántico, y lo surcan hasta Iquitos, en Perú, capital del departamento de Loreto y ciudad marcada por las mismas razones trágicas que Manaos: el caucho extraído a punta de sangre y vida indígena, y otras bonanzas logradas mediante la esclavitud.

Ya en el barco rumbo a Tabatinga, nos apoderamos de un rincón colgando hamacas una encima de otra, con un bulto de morrales en medio, custodiados como tesoros y cargados con lo estrictamente necesario para la travesía de un mes. Los otros rincones se los disputaban indígenas y pobladores locales que, haciendo relevos en los puertos intermedios, cargaban y descargaban mercancía, familias con niños y abuelos, grupos de hombres que iban al trabajo y jovencitas tímidas que viajaban solas o en pequeños grupos rumbo al internado o a nuevos empleos.

El menú, monótono pero siempre devorado, fue el mismo durante siete días. En la mañana: un pan chiquito con media tajada de queso rancio y media

de mortadela, un vaso de jugo de naranja y un vasito de café, ambos, una inyección directa de azúcar a la vena. El almuerzo y la cena eran frijol, pollo y arroz. Quien quisiera algo distinto debía pagarlo aparte o buscarlo en la tienda de la cubierta: una tiendita de colegio, pero con venta de trago.

Esos días fueron largos. La vida en el barco se reducía a esperar el siguiente puerto, donde nos entretenía el ajetreo de los negociantes cargando aves, reptiles y monos; carne de monte, pescado y bultos con otras mercancías. En ese trayecto por el río, con ansias de investigación, nos pusimos a hacer inventario y registro de las especies que veíamos por la mañana y al atardecer. Registramos aves como pavas y martines pescadores.

Ocho años después de esa experiencia que marcó profundamente mis sentidos, regresé a Leticia. Esta vez para quedarme unos meses como contratista de Parques Nacionales y hacer seguimiento a un experimento en el Parque Nacional Natural Amacayacu, que consistía en entregar por primera vez en concesión, la operación de los servicios ecoturísticos a un consorcio de cadenas turísticas. La lógica detrás de esta decisión administrativa se basaba en que la hotelería no corresponde a la misión ni a la experiencia de la gente de la conservación y que los ingresos obtenidos se invertirían en el manejo del área protegida.

El contratico se renovó por tres años y esa triple frontera entre Colombia, Perú y Brasil se convirtió en una gran escuela profesional y personal. Me

sorprendí mucho con todo. Me abrí a conocer a los ticuna, revueltos con cocama y yagua y otros pueblos; a esa gente que contaba historias como: *"Yo nací en el Caquetá, ahora vivo en Benjamin Constant y mi familia está en Pebas"*. Me embelesé con el trabajo con los resguardos indígenas traslapados con el parque.

Esa escuela luego me llevó a transitar por la Amazonia colombiana y de allí a la peruana. Hoy noto sorprendentes diferencias entre una y otra, pero también profundas similitudes. Se parecen en la inequidad, el olvido, la trampa, la corrupción, el hambre y la guerra. Padecemos los mismos problemas y enfermedades sociales: solo cambia el rostro del protagonista, porque la película es la misma desde hace quinientos años. Del lado peruano se evidencia un mayor desarrollo de cadenas productivas y negocios basados en la transformación y comercialización de productos del bosque. También es posible notar variaciones en los ecosistemas. En el caso del Perú el 83,73% del total de las fronteras (5.922,23 km) están en el bioma amazónico. Solo Loreto concentra el 50% de las fronteras y el 60% de las fronteras amazónicas, lo que pone en perspectiva la dimensión de los retos estatales y sociales en el ejercicio de gobierno, en la búsqueda de mejores condiciones de vida.

Desde que trabajo en la Amazonia, he entendido que ese río no solo atraviesa países, también la historia por donde pasa, configura fronteras, delimita soberanías y lógicas estatales, y une tradiciones, territorios ancestrales y familias. He comprendido que, para quienes viven en una u otra orilla,

conviene tener dos nacionalidades para acceder a servicios básicos y programas de asistencia social; para reclamar el mercado, estudiar donde sea más seguro y comprar donde resulte más barato.

En el río también confluye la ilegalidad de todo tipo. Los inmensos territorios inhabitados, boscosos y hostiles al asentamiento humano son propicios para el crimen. García Pinzón (2020), ha demostrado que las organizaciones criminales buscan establecer normas y regular el flujo transfronterizo de bienes y personas, incluso dispuestas a reforzar la seguridad fronteriza para su propio beneficio cuando el entorno estratégico les brinda la oportunidad. Sus actividades no se concentran en evadir controles, sino en tomar el control de las dinámicas fronterizas en su conjunto.

En el caso de la frontera entre Perú y Colombia, y de la triple frontera (Perú, Colombia y Brasil), las principales actividades ilícitas están relacionadas con el narcotráfico y los cultivos ilícitos, la minería ilegal de oro, el tráfico de fauna silvestre y la tala ilegal. De acuerdo con los registros, estos ilícitos se distribuyen a ambas márgenes del río Putumayo y a lo largo del río Amazonas. Siguiendo la lógica de la integración fronteriza, la línea limítrofe se configura como un corredor compartido donde las ciudades o centros poblados se ubican uno frente al otro, con urbes de mayor jerarquía que funcionan como soporte: Leguízamo, Iquitos, Leticia y Tabatinga.

Así, el crimen organizado ha logrado una integración fronteriza más eficiente y articulada que la de

los propios Estados. Mientras las políticas públicas se quedan en la teoría o en una militarización superficial, las redes criminales han diseñado una estructura funcional que aprovecha la precariedad y el aislamiento para prosperar. Replican modelos de desarrollo —ciudades ancla, nodos intermedios y zonas productivas— pero con fines ilícitos.

Entre tanto, los pueblos indígenas y los pobladores locales se encuentran en la primera línea de fuego, sin respaldo jurídico ni protección física. El aislamiento que antes funcionaba como barrera de protección, es hoy una trampa que facilita el sometimiento de comunidades enteras. Mientras el crimen es transnacional, ágil y convergente, la justicia sigue siendo nacional, burocrática y fragmentada. Pareciera que no hay salida a la vista, por lo menos no haciendo lo mismo con los mismos.

¿Será que no vamos a ser capaces de apostarle a otras formas, a otros modelos de gobernanza, gobernabilidad o al menos de autogobierno más livianos en el papel y más efectivos en el día a día?

¿Será que, si los habitantes y las comunidades de esos paisajes anfibios y cambiantes logran tener algo de certeza y seguridad, vivir sin miedo y desarrollar sus vidas dignamente, les pondremos más difícil el camino a los criminales en este río de nadie?

¿Es ingenuo soñar con una confianza edificante entre países, instituciones, pares, amigos y familiares de un lado y otro del río? Porque para el chancuco sí nos entendemos los acentos.



5.
Gente





Las Sabanas del Yarí: territorio en transformación

Por: Harold Andrés Ospino Burgos
Coordinador Transformaciones Territoriales FCDS

Hace quince años, desde la ventanilla de una avioneta, vi por primera vez las Sabanas del Yarí. Era un paisaje inmenso, verde y más o menos intacto, interrumpido apenas por manchas de arena y pequeños bosques. La ocupación era más ordenada, con menos fincas, menos vacas y cultivos de coca de lo que hoy reportan las noticias. De alguna manera, las sabanas se mantenían todavía 'naturales'.

En aquella época, los ojos de todos estaban puestos sobre la deforestación que avanzaba hacia el sur y el oriente de la región amazónica. Los reportes sobre la tasa anual de pérdida de selva húmeda en territorio colombiano nos generaban sorpresa y alarma. Con el tiempo, parece que nos fuimos

anestesiando ante esa tragedia, nos acostumbramos a recibir esos reportes. Las cifras cada vez más precisas marcan una tendencia hacia un punto de no retorno. De acuerdo con la FCDS, entre 2013 y 2024 se deforestaron cerca de 1.100.000 hectáreas en la Amazonia colombiana.

En aquel entonces, trabajaba en la concertación y consulta previa para la primera ampliación del Parque Nacional Natural Serranía de Chiribiquete, la cual se formalizó en 2012. La idea inicial de esa ampliación incluía las Sabanas del Yarí o por lo menos parte de ellas. Sin embargo, por las concertaciones sociales y consultas previas aquello no fue viable. La propuesta se subestimó y archivó. Tampoco prosperó cuando se impulsó la segunda ampliación del Parque Chiribiquete ocurrida en 2018.

Esa preocupación por contener la deforestación sobre la Amazonia creo que nos distrajo de ver esa otra tragedia, menos mediática, casi invisible: la transformación de las sabanas del Yarí. Un ecosistema único dentro de la selva amazónica colombiana, que se extiende por 360.000 hectáreas entre Caquetá, Guaviare y Meta. Allí, arbustos que alcanzan hasta cuatro metros, conviven con matorrales bajos y pastizales donde la arena queda expuesta. Entre la sabana sobreviven pequeñas matas de monte, humedales y bosques de galería.

Ya el Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas (SINCHI) había recomendado, hace años, que las Sabanas del Yarí debían ser declaradas áreas protegidas de carácter nacional. Lo anterior no ha

ocurrido, lo que ha marcado, al menos en parte, el destino de este territorio clave para la conectividad ecológica entre áreas de la importancia de La Macarena, Tinigua, Picachos y la Serranía del Chiribiquete. Las Sabanas del Yarí siguen siendo parte de la Reserva Forestal de la Amazonia, creada por la Ley Segunda de 1959. Sin embargo, esta figura no garantiza la misma protección legal que un área protegida del orden nacional.

Territorio en disputa

La mayoría de los colombianos seguramente no conoce las Sabanas del Yarí, pero quizás les resulte familiar el nombre de Tranquilandia. Ese gigantesco complejo para el procesamiento de cocaína del Cartel de Medellín, marcó un punto de quiebre en la guerra contra el narcotráfico en Colombia. En 1984, el gobierno de la época ordenó su destrucción. Las noticias cuentan que se incautaron 1.500 kilogramos de cocaína y se destruyeron ocho pistas clandestinas.

Las Sabanas han sido desde entonces uno de los escenarios de la guerra en Colombia. Tras el bombardeo en 1990 a Casa Verde, histórico campamento central de las FARC y de sus principales comandantes, se convirtieron en la retaguardia del secretariado de esa guerrilla. Allí, el Mono Jojoy (Víctor Suárez) y Manuel Marulanda Vélez o Tirofijo (Pedro Antonio Marín), recibieron al enviado de Andrés Pastrana cuatro días antes de la segunda vuelta presidencial de 1998. Un año después, Pastrana regresó a este mismo lugar como presidente de Colombia para firmar un acuerdo que impulsó el

inicio de un atropellado proceso de paz entre las FARC y el Gobierno nacional.

En el proyecto político y territorial de las FARC, el Yarí era un epicentro importante. El Estado, débil o ausente, intentó desalojarlos sin éxito. En 1997, los medios de comunicación contaron que el gobierno de Ernesto Samper lanzó las operaciones Destructor 1 y 2 con 3.200 hombres. Luego, tras el fracaso de los diálogos de paz en 2002, Pastrana ordenó la operación Tánatos con 4.000 hombres. Ninguna logró su objetivo.

Años después, en septiembre de 2016, el Yarí volvió a ser protagonista: allí se realizó la décima y última conferencia guerrillera antes de la dejación de armas. El secretariado de las FARC, refrendó entre sus tropas el Acuerdo de Paz que firmaron con el presidente Juan Manuel Santos. En ese momento, las Sabanas recibieron a cerca de 300 delegados de esa guerrilla.

Sin embargo, la paz nunca aterrizó del todo. El Estado llegó a cuentagotas. El vacío lo ocuparon las disidencias: exguerrilleros que firmaron el acuerdo, otros que no lo hicieron y nuevos reclutas. Hoy controlan parte del territorio y crecen. El reclutamiento forzado de menores es una tragedia silenciosa, poco conocida y aún menos atendida.

Hoy este territorio vive una tensión permanente: procesos sociales con historia y legitimidad enfrentan amenazas armadas, apropiación ilegal de tierras y la expansión ganadera en zonas que no son aptas para esa actividad.

Los conflictos socioambientales, aun sin documentación suficiente, tienen múltiples motores: ocupación dirigida y espontánea, apertura de fincas ganaderas y accesos viales sin planificación ni permisos ambientales.

A lo anterior, se suma el inicio de un modelo agroindustrial impulsado por las disidencias de las FARC. Su propuesta para la paz territorial incluye monocultivos de arroz, ganadería, plantas de transformación y una red de vías terrestres. El modelo ya está en marcha, quizá financiado por la coca o por la minería ilegal de oro que se consolida en otras zonas de la Amazonia.

Señales de esperanza

Sin embargo, al acercarse a las Sabanas del Yarí, más allá de las noticias de prensa, se evidencian aquellas voces que defienden este ecosistema único, procesos campesinos que reclaman reconocimiento de sus derechos territoriales, y organizaciones indígenas, como el resguardo Yaguará II, que aún lucha por consolidar la restitución de sus derechos.

Por inaceptable que parezca para algunos, un acuerdo político con las disidencias que controlan buena parte de las Sabanas, es imprescindible. Pero, no basta con pactar, el reto es armonizar intereses. El proyecto político y productivo que las disidencias impulsan debe dialogar con los procesos campesinos, indígenas y ambientales que defienden este ecosistema clave para la vida de la gente y para la estabilidad ecológica del país.

Mientras la paz negociada sigue siendo esquiva, hay esfuerzos que resisten. Están las organizaciones campesinas que promueven la creación de una zona de reserva campesina para garantizar acceso equitativo a la tierra y consolidar una economía basada en la agroecología y la protección del bosque. Desde el resguardo Yaguará II, las voces indígenas se suman a la defensa de las Sabanas del Yarí: *"Tenemos un inventario forestal dentro del resguardo, una unidad de manejo para vivir del bosque. Se fortaleció la organización, se trabajaron huertas caseras y estamos listos para iniciar ese camino"*. También, hay mujeres organizadas que trabajan por restaurar las áreas degradadas y cuentan con estrategias para ello; campesinos que vienen demostrando que los frutos amazónicos tienen mercado, ganaderos que adelantan prácticas sostenibles y estrategias para proteger especies emblemáticas como el jaguar.

Son señales poderosas a pesar de que el Acuerdo de Paz de 2016 hoy parece diluirse. Su plena implementación habría evitado víctimas, conflictos y destrucción. Las dinámicas del territorio son más veloces que las institucionales. Los tiempos de la realidad territorial y los de un Estado paquidérmico parecen opuestos. Como en todas las regiones del país, en las Sabanas del Yarí conviven intereses diversos, la pregunta es cómo se dialoga y se concilia sin que nadie pierda o al menos no lo pierda todo.

Hoy, desde una avioneta, a diferencia de hace 15 años, se ven más fincas, vacas, vías, coca y monocultivos. Aunque la sabana aún luce verde en medio de la selva

y alimenta la esperanza. En tierra, se juega algo más que la viabilidad de un ecosistema estratégico, nos jugamos la posibilidad de un ejemplo de paz real y sostenible, en donde conservar y el vivir bien no sean verbos antagónicos.

La transformación del Yarí parece inevitable, ojalá sea para una paz ambiental, territorial y con justicia social.





Jugo de seje

Por: Fredy Yesid Camargo Hidalgo
Profesional Gobernanza Local, Transformaciones Territoriales FCDS

La primera vez que caminé en la selva con un grupo Nükak fue en 2023. Partimos del caserío de Charras, a unos 100 kilómetros del casco urbano de San José del Guaviare, y nos dirigimos hacia *Wana a' be*, un lugar al interior de la selva que las familias habían estado explorando desde hace varios años y que estaban volviendo a habitar progresivamente. Allí habían vivido sus familias un par de generaciones atrás, antes de que fueran presionados a romper su aislamiento voluntario en 1989 por efecto de la colonización de su territorio.

A paso Nükak, el trayecto debíamos completarlo en un día. Tardamos dos en llegar al paso de nuestro equipo. Entre niños, abuelos, adultos y los cinco gatos que conformábamos el equipo profesional de

la Fundación para la Conservación y el Desarrollo Sostenible, completábamos un combo de 45 personas. Pero hay que sumar unos fieles acompañantes: tres perros y un mico nocturno.

El objetivo era apoyar el proceso autónomo de reubicación que venían adelantando estas familias para establecerse en un lugar con mejores condiciones de acceso al bosque, cerca de varios cotos de caza, sitios de pesca y una abundante oferta en términos de especies vegetales y animales comestibles. Un lugar alejado de las presiones que el proceso de deforestación ya había impuesto sobre el asentamiento La Esperanza, donde vivían en Charras, y en general sobre toda la zona noroccidental de su territorio ancestral.

Recuerdo la incómoda sensación de tener el sentido de ubicación descalibrado la mayor parte del recorrido. Al inicio íbamos por una trocha principal fácilmente visible que se iba metiendo en la selva, marcada a pie y reforzada por el paso de algunas mulas, conectando las últimas fincas ganaderas y cocaleras. El extrañamiento llegó cuando empezamos a tomar desvíos largos para buscar salados o chupaderos, como también le dicen a esos lugares en la selva ricos en minerales e importantes para la vida de animales silvestres. O desvíos en búsqueda de palmares antiguos de chontaduro, milpesales o lagunas.

Cuando me notaban extraviado e indeciso para dar el siguiente paso, señalaban el camino con la mano. Intento inútil porque donde ellos veían un sendero yo solo podía ver monte cerrado. Solo al poner

el pie sobre sus mismas pisadas, manteniendo el ritmo, podía verificar que, efectivamente, era un camino. En esos instantes pensaba en las calles y carreras de Bogotá, en lo difícil que fue descifrar la lógica de su nomenclatura cuando recién llegué del llano para estudiar en la universidad. Pensaba en las pérdidas que me pegaba tratando de llegar a la Biblioteca Luis Ángel Arango.

Estas redes de caminos conectan lugares antes habitados por sus ancestros, conducen a lugares donde abundan las palmas como el seje, de las que recolectaron sus pepas y que luego, ya en el campamento, fueron cocidas, maceradas y convertidas en jugo para acompañar los dos golpes de comida que teníamos al día, que combinaban pescado, galletas Saltín, mico, arroz, mojojoy y maní. La cuestión es que ahí mismo, después de macerar las pepas, se disponían sus semillas machacadas resultantes del filtrado con otros residuos orgánicos, en un proceso que propiciaba su germinación más adelante. Recorrer rutas de gente de otro tiempo que sembró esas palmas y evidenciar cómo varias generaciones después siguen alimentando a sus parientes, cambió mi manera de percibir esa selva y sus pobladores.

Guaviare es uno de los principales frentes de colonización en la Amazonia y eso tiene sus costos. La cultura que se ha venido institucionalizando, al menos desde que se constituyó como departamento en 1991, es la llanera. Esto a pesar de haber sido un lugar de convergencia de población campesina proveniente de muchas otras regiones, principalmente después del *boom* cocalero de los años 80.

El hecho es que acá hemos aprendido que lo bonito es el hato ganadero y lo demás es monte, o montaña, como también se le dice a la selva. Aquí el jugo de seje o de otras palmas, en el mejor de los casos, apenas se puede degustar en un par de restaurantes amazónicos que son frecuentados principalmente por turistas o funcionarios de oenegés, pero casi nunca por locales. Paradójicamente, los alimentos propios de este territorio, que hacen parte de la cultura milenaria de los Nükak, Jiw, Tucanos o cualquiera de los 27 pueblos indígenas que existen en el Guaviare, no los consumimos habitualmente los mestizos. Puede decir uno que es una tarea pendiente.

De ahí que este primer recorrido por la selva con los Nükak, caminando estos gigantescos corredores de seje, diera otra dimensión a mi percepción sobre la forma en que se ha construido el paisaje amazónico. La profundidad de la relación entre estas prácticas alimentarias y la reproducción de estos bosques, entre el jugo y estos corredores inmensos, no la había entendido bien hasta caminar con ellos.

Sí sabía la importancia de estas relaciones socioecológicas desde hace rato gracias a los trabajos de gente muy juiciosa, como los profes Dany Mahecha, Carlos Franky o el botánico Dairon Cárdenas, quienes han descrito muy bien casos como el del seje y los Nükak. Había leído que las semillas que quedan después de macerar las pepas de esta palma luego son dispuestas con cenizas y residuos de comida en puntos específicos de sus campamentos para que, al pasar las décadas, se conviertan en una especie

de huerta itinerante que visitan nietos y bisnietos quienes a su vez repiten el ritual. Una dinámica que básicamente favorece la producción de un paisaje particular, el de sus selvas. Distinto del paisaje de potreros que favorece la otra forma de relación socio-ecológica también promovida en la región.

Fue caminando con los Nükak que agarré mejor esa idea. La imagen de las selvas prístinas inmaculadas y sin personas se me fue desmoronando al ver a esta gente en acción, recogiendo los frutos de su aporte intergeneracional a la producción de sus ecosistemas, así como se me acabó de descuadrar la imagen que me vendían sobre ellos, al conversar sobre su situación, algunos campesinos y funcionarios del Estado que los percibían como *“salvajes malacostumbrados a que les dieran todo regalado”*.

Y es que, bueno, más de 30 años de intervención institucional desde un enfoque de asistencia humanitaria que se supone debía ser temporal, hace mella, y esto no se puede negar. Existe al menos una generación de jóvenes Nükak que crecieron en una etapa muy compleja de la historia, sufriendo más de 10 episodios de desplazamiento forzado, con la imposibilidad de retornar a su territorio por efecto de un conflicto armado aún persistente, y con el agravante de una institucionalidad débil para garantizar sus derechos fundamentales. Es entendible, aunque no justificable, que por fuerza de necesidad muchas de estas familias hayan generado una dependencia al asistencialismo institucional. Y esta situación tiene tanto de crueldad como de verdad.

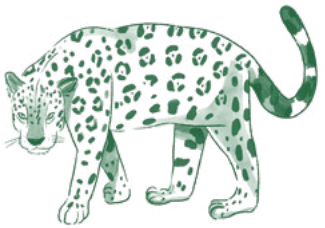
En la actualidad existen más de 24 grupos residenciales Nükak, cuyo contexto es bien distinto al de los asentamientos que estamos acostumbrados a ver cerca del casco urbano de San José del Guaviare, que pertenecen a familias que después de 20 años no han podido regresar a su lugar de origen. Pero dentro de estos 24, hay grupos que persisten en sostener sus medios de vida tradicionales y que luchan por mantenerse en la selva, como la gente de *Wana'a be*, ligados todavía a la reproducción de ciertas condiciones ecológicas del interfluvio en el que se ubica *Yee baká*, su territorio, entre el río Wayari (Guaviare) y el río Mipa (Inírida). Y, que justamente porque se mantienen entre el frente de colonización (que sigue avanzando) y lo que queda de sus selvas, su contribución histórica y cotidiana a la reproducción y el cuidado de la Amazonia es poco reconocida y algo difícil de rastrear.

La apuesta de estas familias es impresionante, adaptándose a las reconfiguraciones territoriales que continúan presionando la deforestación, la ganadería extensiva, los cultivos de uso ilícito y la disputa territorial de varios grupos armados. Lo hacen desde un lugar de vulnerabilidad que es real, pero sosteniendo de forma autónoma un sistema de conocimiento que contribuye a la conservación del bioma amazónico de forma cotidiana. Y del cual su manejo del seje es tan sólo un pequeño ejemplo.

Si entendí bien la relación entre los Nükak, el seje y la selva, lo sabrán juzgar los profes, y por supuesto, los Nükak. En cualquier caso, recomendado ese juguito milagroso, cuyas propiedades energizantes

experimenté cuando me venía dando la pálida por el cansancio en el trayecto de regreso, y me pasaron una totumita con chicha de seje, entre carcajadas, para que cogiera algo de color y fuerza, mientras se burlaban de mí por flojo y por *Kawene* (denominación Nükak para los blancos). Valga decir a mi favor, que después de seis días de caminar esa selva en invierno y sin mambe, antes no me les desmayé a medio camino.





De la colonización forzada a la organización social espontánea en la Amazonia

Por: Mauricio Chavarro Pinzón
Líder de Gobernanza Local FCDS

Silvia María Pabón Tobón
Investigadora FCDS

A principios de este siglo, don Albeiro era uno de los líderes más reconocidos de un caserío llamado La Diana; uno de esos lugares que mucha gente relacionaba con la guerrilla, ubicado a orillas de uno de esos ríos imponentes que descienden ariscos por el piedemonte amazónico. Ya era un hombre mayor, andaba por sus sesentas, flaco y bajito, con su piel curtida por el sol. Era, además, un referente para cualquier funcionario que trabajara con organizaciones campesinas de base como nosotros.

Contaba, ya entrado en confianza, que había llegado solo, muchos años atrás, buscando tierra y tranquilidad. Hizo un ranchito cerca de un caño y empezó a tumbar un pedazo de selva a punta de hacha y machete. Sembró maíz, luego plátano y yuca. Cuando sacó la primera cosecha de maíz, regresó a buscar a su mujer y, juntos, con lo poco que tenían, entre paludismos, jaguares y culebras, según sus dichos, fueron levantando su finca y rehaciendo sus vidas.

En esos primeros años, a mediados de la década de 1960, la vida para don Albeiro era pura resistencia. La vereda todavía no existía: se formó después, cuando otros colonos llegaron con historias parecidas. Su destino fue el de la colonización forzada por la violencia que se vivía en la región andina; una de esas vidas que se hizo con unas pocas herramientas, una remesa, una escopeta y la voluntad de abrir finca en el monte.

"Nos tocó fundar comunidad porque solos no se podía", dijo una vez. Y tenía razón: de esa necesidad de ayudarse entre vecinos nacieron las primeras trochas, los primeros trabajos comunitarios. La forma de sobrevivir consistía en unirse con esos otros que habían llegado como él, y que seguían llegando, con la misma intención: fundarse, llevar a sus familias y hacer finca. Y en últimas vivir en paz.

Desde los años sesenta, cuando la Ley 135 de 1961 abrió la posibilidad de una reforma agraria —más pensada para contener la insurgencia que para distribuir la tierra— los campesinos comenzaron a tejer sus propias formas de representación. Ya

existían sindicatos agrarios pero se crearon Juntas de Acción Comunal y, más tarde, de productores y asociaciones de usuarios campesinos. En el fondo todas respondían a la misma necesidad: tener voz, interlocución, no quedar solos entre el monte ni ante el Estado.

Don Albeiro había participado en un sindicato agrario en los años setenta. Aun sin ser obrero ni asalariado, se reconocía en esa figura. A través del sindicato aprendió a hablar en público, a negociar y a reclamar. Como muchos de su generación, se vinculó a las redes del Partido Comunista y a las formas organizativas que después acompañarían las FARC en el territorio. No era extraño: en un contexto donde el Estado solo se hacía presente para erradicar coca o reprimir, la guerrilla aparecía como mediadora, incluso como protectora.

Asociarse en esas regiones venía con un precio. Ser campesino en La Diana era ser sospechoso, ser un 'auxiliador', y en últimas, para un sector político y muchos servidores públicos, parte del conflicto armado. Llegar hasta La Diana desde la capital del departamento implicaba hacer un viaje de doce horas por carreteras en las que bastaba que alguien señalara a un viajero para que hombres armados lo bajaran de 'la línea' más adelante. Por eso, a menudo, don Albeiro aprovechaba algún carro particular o de alguna institución para eludir ese riesgo, que en su caso podía resultar mortal. Durante esas largas jornadas él hablaba sin pausa: de sus tres paludismos, de los tigres que rondaban la finca y del maíz que sembró.

Lo que contaba Albeiro no era solo su vida, era la historia de miles de familias que fundaron el piedemonte amazónico entre los sesenta y los noventa, expulsadas por la violencia estructural y la pobreza. Llegaron buscando un pedazo de tierra donde vivir en paz pero encontraron una nación que no los reconocía.

"Nos tocó organizarnos para que no nos borraran", decía con razón don Albeiro. En los años noventa fue presidente de una asociación de pequeños productores agropecuarios. Esas Asoproas y las Asopeproas, muy populares en la Amazonia, fueron organizaciones creadas a través del programa estatal que en algún momento se denominó Plante, y que buscaba reemplazar la siembra de hoja de coca por otros proyectos productivos. Es decir, por un lado estaba el garrote, entendido como la interdicción a la siembra de hoja de coca y al narcotráfico en general; y, por otro, la zanahoria, referida a la generación de transformaciones regionales y posibles alternativas de ingresos para los campesinos cocaleros en el marco de lo que, en la segunda mitad de la década de 1990, se denominó desarrollo alternativo.

Retos de las organizaciones campesinas amazónicas

La necesidad de organizarse para no desaparecer, no quedó en el pasado ni fue una respuesta coyuntural a la violencia de aquellos años. Por el contrario, es el hilo que conecta la experiencia de don Albeiro con el presente de las organizaciones campesinas amazónicas. Las formas de organización que

nacieron en las márgenes del Estado como estrategia de protección, supervivencia y reconocimiento, son las mismas que hoy sostienen la participación campesina en escenarios institucionales de reforma agraria, de reivindicación y defensa de derechos fundamentales.

En los comités municipales y departamentales de reforma agraria de Caquetá, Guaviare, Putumayo, sur del Meta y sur del Vichada, participaron a inicios de 2026, más de 560 personas, que representan al menos a 246 organizaciones campesinas. No se trata de una presencia marginal: estas organizaciones tienen alcance en 35 municipios y se concentran, sobre todo, en Putumayo y Caquetá, territorios en los cuales la historia de la colonización, el conflicto armado y la organización social se ha entrelazado por décadas.

La mayoría de estas organizaciones son Juntas de Acción Comunal y asociaciones productivas, lo que evidencia una agenda campesina fuertemente anclada en la producción y el desarrollo económico rural. En contraste, las organizaciones que vinculan a áreas protegidas locales o a zonas de reserva campesina, siguen siendo minoritarias. Esta diferencia no implica una separación entre agendas: cada vez más, las organizaciones productivas articulan enfoques ambientales y de construcción de paz.

Estos espacios de reforma agraria están siendo ocupados por liderazgos campesinos heterogéneos, con presencia de mujeres y jóvenes rurales, víctimas del conflicto armado, Comunidades Negras,

Afrocolombianas, Raizales y Palenqueras (NARP), personas en procesos de reincorporación y organizaciones surgidas tras el Acuerdo de Paz de 2016.

En cuanto a la distribución por género, si bien se registra una participación significativa de mujeres, cercana a la paridad, la representación campesina masculina continúa siendo mayoritaria. El análisis por edades —disponible únicamente para Caquetá y Guaviare— muestra un liderazgo predominantemente adulto y una baja participación juvenil, lo que plantea un reto para el relevo generacional y afecta la sostenibilidad organizativa a mediano y largo plazo.

La baja participación juvenil responde, en parte, al contexto persistente de conflicto armado que ha llevado a muchas familias campesinas a sacar a sus hijos e hijas del territorio como estrategia de protección frente al riesgo de reclutamiento, así como por la ausencia de alternativas educativas y laborales dignas. Estas dinámicas exponen a niños, niñas, adolescentes y jóvenes a situaciones de explotación laboral o sexual vinculadas a economías ilegales.

En efecto, estos territorios han sido fuertemente afectados por la violencia entre 2016 y 2026, al menos 181 líderes y lideresas sociales vinculados a organizaciones campesinas, comunales, ambientalistas, NARP, comunitarias, de sustitución de cultivos y de víctimas fueron asesinados.

Durante el mismo periodo se registraron 54 masacres que dejaron 236 víctimas fatales; 124 eran hombres, 16 mujeres, 13 menores de edad y 83 víctimas

sin identificar. Esta violencia ha afectado de manera desproporcionada a los liderazgos comunales y campesinos, interrumpiendo trayectorias comunitarias, debilitando los procesos organizativos locales y afectando directamente la reproducción social del campesinado.

A pesar del contexto adverso, la amplia participación y la fuerza organizativa en estos territorios, resulta especialmente significativa e incluso sorprendente para actores e investigadores externos. Lejos de ser un fenómeno espontáneo, este tejido social es el resultado del 'aguante' y el arraigo, mediante los cuales las organizaciones campesinas continúan reinventándose como espacios de organización, dignidad y esperanza.

Organización, dignidad y esperanza

La vida de don Albeiro encarna la raíz histórica de las organizaciones campesinas amazónicas: transformar la colonización en ciudadanía, la supervivencia en dignidad. Su testimonio —como tantos otros en la región— revela que organizarse fue una respuesta colectiva en un país que históricamente los ha excluido. Ya no aceptan que su historia sea contada por otros —ni por las instituciones, ni por los medios, ni por los expertos— y resisten los imaginarios que les niegan o los criminalizan. En el fondo las organizaciones campesinas en la Amazonia buscan redefinir el vínculo entre el campesinado y el Estado, exigiendo el reconocimiento como sujetos políticos legítimos dentro del proyecto de nación. Así que, más que

figuras legales, son espacios de legitimación colectiva, donde se disputa el significado mismo de la ciudadanía y de la construcción de Estado.

La colonización fue su punto de partida, pero la organización es su forma de vida. En sus historias, la política se confunde con la vida diaria: sembrar, construir una escuela, una vía, pelear por una licencia ambiental, cuidar un río. En este sentido, los motivos de la organización campesina en la Amazonia son políticos, sociales, territoriales y profundamente humanos.

**La historia de las organizaciones indígenas amazónicas es tan rica e importante como la de las organizaciones campesinas. Esta merece ser contada de manera extensa y desde sus propias voces.*



• *Agradecimientos*

Agradecimientos

En estas páginas confluyen muchas voces y reflejan años de trabajo compartido en una de las regiones más estratégicas y complejas del país. A las comunidades rurales y a los pueblos étnicos de la Amazonia colombiana —alma y corazón de los relatos aquí reunidos— gracias por quince años de trabajo colectivo, de confianza y de puertas abiertas. A las organizaciones de cooperación con las que hemos colaborado, nuestro más sincero agradecimiento y en particular a Porticus por su apoyo en esta publicación.

A pesar de los conflictos que persisten y de las tensiones entre conservación y desarrollo, es un enorme privilegio sobrevolar y caminar parte de la Amazonia colombiana, así como navegar mucho sus ríos, con el propósito de contribuir a que logremos la paz territorial, ambiental y con justicia social.





FCDS
Conservación y Desarrollo
15 *años*

Con motivo de sus primeros 15 años, la FCDS presenta este libro que reúne voces y experiencias de un territorio donde convergen conflictos, transformaciones y una extraordinaria diversidad biocultural. Entre bosques, ríos y comunidades, el lector descubre las tensiones de la Amazonia: débil presencia institucional, economías ilegales y conflicto armado, junto a saberes tradicionales y esfuerzos colectivos por su protección. Una invitación a comprender y asumir la responsabilidad compartida de proteger uno de los patrimonios bioculturales más valiosos de Colombia y del planeta.